Máximo Soto Hall

El Problema

(NOVELA)

Qui amat periculum
in illo perebit.

Eclesiastico, Cap. III,
Vers. 27

SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRENTA Y LIBRERIA ESPAÑOLA
Maria v. de Lines
1899

EL PROBLEMA



Qui amat periculum
in illo perebit.

Eclesiástico, Cap. III.
Vers. 27

I

El gran vapor se deslizaba magestuoso por las dormidas aguas del Canal. A uno y otro margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas por altas verjas de hierro donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madreselvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz; fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el

diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho á medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos.

El doctor Escalante, reclinado de bruces sobre el barandal del buque, miraba como absorto tanta grandeza. Aquello parecía un trabajo de magia. Era el producto de una raza joven y fuerte. Aquellos hombres que se veían desde el vapor, con biceps de atleta, rostro encendido por una sangre poderosa, ágiles, ligeros, eran los que habían, en poco tiempo, realizado tales prodigios.

Veinticinco años habían transcurrido desde que pasó por vez primera el canal, apenas en construcción, cuando su padre, eterno enemigo de aquella raza subyugadora, pero curioso de sus adelantos, quiso al llevarlo á Europa, aprovechar la ocasión para ver aquella obra colosal en sus principios. Cómo había cambiado todo des-

de entonces. En aquel tiempo no cruzaban el río sino embarcaciones pequeñas y lo bordeaban viejos árboles, testigos mudos de los heroísmos y de las crueldades de la conquista que ya los encontró viejos y gigantes; árboles que juntando amorosos sus ramas tendidas de ribera á ribera, formaban una bóveda de explĺéndida verdura, atravesada por uno que otro rayo de sol que iba á dibujar con su pincel de oro raros caprichos sobre el cristal movible de las aguas. Allí, sobre esa bóveda, anidaban centenares de pájaros que desde el alba hasta el arribo de la noche cantaban acompañados por el susurro de la fronda y los murmurios del río. Todo había desaparecido, todo se había transformado. En aquella selva, al poner su mano la civilización, borró el explendor de la virgen naturaleza.

El doctor Escalante, sentía su alma agobiada de cruel desazón. Cinco años tenía cuando hizo el primer viaje y sus recuerdos eran vivos y palpitantes, como lo son siempre los de aquellos actos que impresionaron fuertemente

nuestro infantil cerebro, y que ni el tiempo, ni las emociones más cercanas, logran siquiera empalidecer. El cambio de panorama, era como un robo á las reliquias de sus recuerdos.

El vapor seguía avanzando lentamente. Lanzó el silbato de la máquina tres aflautados toques y se sintió en toda la embarcación el movimiento que precede á la llegada de un puerto. La ciudad lineal iba desparramándose hacia la ribera izquierda; ya se veían calles de arena, vehículos de ruedas, un movimiento más desordenado y más activo. Era la hora del crepúsculo. Un sol tropical que en su agonía ensangrentaba el ocaso hasta querer escalar con su púrpura el cenit, derramaba sus rayos tibios sobre los edificios, se retorcían éstos entre las cuerdas y los mastiles de infinitas embarcaciones ó rodando sobre el líquido elemento lo matizaban de oro y púrpura.

Las frases lacónicas de la lengua inglesa repercutiendo por uno y otro lado, parecían chispas encargadas de encender la actividad y el movimien-

to en todas partes. ¡Que agitación, que bullicio! Iban y venían los pasajeros de todas clases; rodaban sobre la cubierta baules, maletas, líos y cajas; salían á relucir los sombreros y los abrigos más raros, los objetos que reclamaba la ocasión y que había hecho innecesarios la vida íntima de abordo. Algunos pasajeros alargaban las cabezas en busca de personas que debían esperarlos en la orilla; otros sonriendo, hacían señas con las manos y con los pañuelos. Una señora muy gorda y muy encarnada entabló conversación, á grandes voces, con una joven que desde el muelle le mandaba besos con las puntas de los dedos. Los más se preparan á salir de aquella prisión que los había albergado por más de nueve días.

Sólo el doctor Escalante, clavado sobre el barandal, permanecía inmóvil en medio de aquella balumba. El vapor atracó, al fin, y los pasajeros, como presa á la cual se levanta el dique, se precipitaron por el puente, apenas tendido, sin consideraciones ni cortesías, tratando únicamente de salir

cada cual el primero, de aquella avalancha humana.

Hasta entonces, cuando se vió completamente solo, comprendió el doctor que era llegada la hora de salir. Cargó el mismo con su maleta y saltó á tierra. No se oía hablar más que inglés. En vano él, con atento oído, trataba de percibir alguna palabra española ó francesa. Varios individuos se le acercaron y aun pretendieron arrebatarle la maleta de las manos; pero como no podía entenderse con ellos para explicarles lo que deseaba, permaneció inmóvil, viendo á una y otra parte con la curiosidad del hombre que buscara en aquel sitio algo que debía encontrar en él.

Una suave palidez y una grata sonrisa cambiaron momentáneamente su rostro; dejó caer la maleta y se echó en brazos de un hombre alto, robusto, viejo ya, y que abrazándole fuertemente, no se cansaba de llamarle: «hijo mío.»

—Que tal viaje? preguntó cuando se hubieron desenlazado.

—Magnífico—contestó el joven—

me ha molestado únicamente no conocer el idioma y creo que esta dificultad me seguirá molestando; veo que aquí ya no se habla más que inglés.

El padre apenas oyó estas últimas palabras. Dirigiéndose á un granuja de agujereado sombrero de fieltro que dejaba ver por sus aberturas algunos mechones de cabello rubio, le ordenó en inglés que tomase la maleta y los siguiera. Después, dirigiéndose á su hijo agregó:

—Vamos, el *City of Burica* nos espera, saldrá hasta las diez, pero de todos modos estaremos mejor allí, vamos.

Y comenzaron á caminar por aquella población, improvisada, en el ángulo que formado por el río San Carlos y el gran canal de Nicaragua. Como las sombras de la noche iban en aumento, los escaparates de los almacenes comenzaban á encender sus luces y los focos eléctricos de la calle iban brotando como diamantes uno á uno. Aquella ciudad-estación era, sin duda, de un gran comercio y una inmensa actividad.

Padre é hijo hablaron durante el trayecto de asuntos de familia y nada más. La mamá estaba muy bien, pero no había querido llegar hasta New Charleston, por quedarse arreglando las cosas de la casa.

—Tu sabes como son nuestras mujeres—decía don Teodoro—un viaje es para ellas problema difícil. Nuestra raza es así. En todo halla dificultades, todo le infunde miedo. Pero me gusta, me gusta que así sea. Odio á estas marimachos de americanas.—Emma, la hija de mi hermano, está pasando una temporada con nosotros, mientras su padre arregla un negocio en Honduras. Su hermano Santiago, redacta el periódico que fundó su padre, aquel periódico que tu recordarás, «La Nación»; hoy ha cambiado totalmente. Se llama «The Star» y está escrito en inglés. No podía acabar de otro modo. Tomás ha sido siempre una cabeza destornillada; americanista incorregible. Yo no te he mandado el periódico, ni te he hablado de eso por evitarte disgustos. He tenido yo tantos por esos motivos. Mira un aviso de mi

fábrica,—exclamó interrumpiéndose para señalar hacia el frente.

Habían llegado á la orilla del San Carlos y sobre la vela de un bote que subía el río, á la luz débil de dos faroles, se alcanzaba á leer:

«Saint Carlos Chocolate the best in the world.»

Julio hizo un gesto que su padre no advirtió y dijo con desgano—Ah! sí.

II

Eran las diez, cuando el *City of Burica*, comenzó á remontar el río acariciado por una tenue brisa que hacía la noche fresca y deliciosa. En aquel río había logrado, en parte, la naturaleza sobrevivir al cambio general. De trecho en trecho, separando agrupaciones de casas, se veían árboles corpulentos alzar sus ramas tristes y lánguidas, como si temieran provocar el enojo de la raza terrible, que podía de un soplo hacerlos desaparecer, con la misma facilidad que el huracán desgaja un arbusto.

Había pasado ya, para el padre y el hijo ese momento de vértigo que sigue al encuentro de dos personas que se

aman y tornan á verse, después de una prolongada ausencia. Agotadas las intimidades, los recuerdos, las preguntas, las frases coincidentes, estaban en esa hora desagradable en que es preciso hacer un esfuerzo para ocuparse de la realidad áspera de la vida, de asuntos indiferentes ó secundarios, dolorosos muchas veces.

—Esto ya es completamente americano, dijo Julio.—Y qué transformación tan rápida; me parece un sueño.

—Si, es asombrosa ciertamente—repuso el padre.—Lo veo yapenas puedo creerlo. Hace treinta años, me acuerdo bien, era á raíz de la guerra hispano-americana, cuandoTomás me dijo una tarde después de comer; Teodoro, nosotros, vamos á ser americanos. Lo miré asombrado, sin aceptar á comprender si hablaba en serio ó gastaba una broma.

El, imperturbable, agregó:

—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor á la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante,

se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio.

No pude contenerme al oirle.

—Eres un mal patriota le dije, un hombre sin corazón, sin sangre. ¿Crees que nosotros lo permitiríamos?

—No habrá manera de evitarlo, me contestó, con su calma de siempre. Unos cuantos, la mayoría comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios quizá. Esos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuerza y sobre todo, cuando quieran sacudirse ya estarán viciados por el medio ambiente y serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie.

—Qué soberbia profecía,—exclamó Julio—tristemente.

—Soberbia; pero mi hermano exageraba. No quedará uno, dijo, y quedo

yo; yo, que sigo odiando á los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces.

Julio no apartaba los ojos de su padre que hablaba lleno de convicción y de firmeza. El joven comenzaba á comprender que su padre vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima.

Don Teodoro agregó:

—Mi hermano también cumplió su programa. Al siguiente día de aquel en que hizo la profecía, publicó un editorial en «La Nación», concebido en los mismos términos, sin importarle la grita del público, ni los ultrajes de los demás periódicos. Se perfeccionó en el inglés, que ya conocía, y finalmente se casó con una norteamericana. Sus hijos son sajones, completamente sajones. Sobre todo Santiago. Emma, tiene sus ribetes de latina. Ya lo verás...... Y ahora á dormir, sabes que es tarde. La una, vamos, y yo despierto. La jaqueca mañana. No cabe duda, nuestra raza es débil; yo sin embargo la prefiero así.

III

Los vapores que partían de New Charleston en la noche, á pesar de la corta distancia, no acostumbraban llegar al muelle de San Rafael, sino hasta la mañana siguiente. Era preciso pasar la noche á bordo. Julio se retiró á su camarote, pero no pudo conciliar el sueño. Mil ideas confusas agitaban su imaginación y mantenían sus párpados abiertos. Sentía una profunda tristeza, una nostalgia de algo desconocido, de algo imposible.

Se levantó muy de mañana. El alba extendía por Oriente su gran abanico de luz pálida y la naturaleza comenzaba á despertarse. Murmuraban lánguidamente las aguas batidas por la

hélice, agitaban la brisa los ramajes y algunos pájaros dejaban rodar por el aire diáfano del amanecer la cascada armoniosa de sus trinos. A Julio todo le parecía triste. Hallaba plañideros los cánticos de los pájaros, como si comprendieran éstos que iba á terminar la hora de su vida salvaje, para entrar en la prisión dorada, con el grano medido y el cantar obligado. Veía amarillentas las hojas y abatidas las ramas. No eran aquellos los mismos árboles que contempló en su infancia, ni aquellos los pájaros alegres que perseguía su crueldad infantil. Un tinte de agonía coloreaba todo lo antiguo. En cambio lo nuevo, lo naciente, qué animado, qué alegre. Los silbatos de las máquinas de vapor llamaban al trabajo; poderosos corceles tiraban de los arados que hundían sus grandes uñas de hierro en el seno blando de la tierra, indiferente en su actividad, dispuesta á rendir sus frutos más valiosos al mejor cultivador, fuese quien fuese. En las puertas de las casas asomaban sus cabecitas rubias y sus rostros encarnados los niños sajones, viendo con

sus ojos azules de impasible mirar á aquella gran naturaleza que tal vez los albergaba con odio. El trabajo ordenado, el trabajo metódico, la gran labor del que sabe triunfar con su fuerza y su perseverancia se advertía por todas partes.

Entonces, como si el ejemplo de aquella actividad encausada, le obligase á ordenar sus pensamientos confusos y dispersos de la noche, se abismó en sí mismo y comenzó á reflexionar en las causas á que obedecían esas transformaciones que tanto lo asombraban. Comprendió porqué la raza nueva se tragaba á la suya, como un remolino del Malström se sorbe el último resto de un naufragio. Vió claramente que aquella no era una raza conquistadora sino absorvente; que no ejercía dominio sino influencia. Había llegado al país con su fuerza y su saber para luchar por la vida; se encontró con una raza superior, muy superior en espíritu, pero inferior en materia y pasó lo que tenía que pasar. La sangre poderosa cogió, transformó, y se asimiló la san-

gre débil. El músculo de hierro venció á la idea de oro. De esa gran lucha, debía nacer naturalmente la admiración de los débiles por los fuertes; la fascinación del triunfo; acabando por dejarse devorar los primeros sin resistencia y sin dolor, como el ave hipnotizada por la serpiente hipnotizadora.

Todo esto lo veía claro, perfectamente claro, y no sólo perdonaba á su padre las flaquezas que en él advertía, sino que aún admiraba que, siquiera en la forma, hubiera podido mantenerse incólume.

Un fondo de profunda compasión, de honda piedad, iban sembrando en su alma estas reflexiones, cuando, al aparecer allá en lontananza el muelle de San Rafael, vino á su mente el dulce recuerdo de su madre y apartado momentáneamente de todo, ya no pensó en otra cosa, sino en el momento de estrecharla en sus brazos.

IV

El carruaje se detuvo en el patio de la fábrica. Los grandes edificios alzaban al frente sus fachadas majestuosas, de ventanas estrechas, angostas cornisas, y severa arquitectura; los adornaban gallardetes y banderolas que en un tiempo debieron ostentar los colores del pabellón nacional y á los cuales las lluvias y sol habían decolorado hasta un blanco sucio. Julio creyó ver un símbolo en aquella palidez y no pudo ocultar una amarga sonrisa.

—Vamos, sígueme, recorreremos la fábrica,—dijo don Teodoro—deseoso de mostrar á su hijo los progresos realizados durante su ausencia. D.ª Elisa y Emma se dirigieron á la casa de ha-

bitación y Julio caminó detrás de su padre con andar desmadejado y aire desdeñoso.

Subieron una angosta escalera y se encontraron en el primer salón.

—Aquí—dijo el padre—se prepara y muele el grano--Mira qué máquina esa, parece que tuviera inteligencia. Cómo separa el grano malo y las basuras; fíjate, ahora eh! ¿has visto? Aquí tienes la primera pasta. Qué cosa tan fina ¿no es cierto? En este salón, continuó, entrando en una nueva estancia, se practican las mezclas, es decir, ya queda fabricada la masa para entrar en los moldes. Cada molde tiene el nombre de la fábrica y su sello especial. Sin embargo se hacen muchas imitaciones, muchísimas. Ya te enseñaré algunas que he podido pescar. A primera vista cualquiera se confunde, son idénticas. Pero probándolo ¡qué diferencia! no hay medio de competir; te digo que no exagero al llamar á mi chocolate el mejor del mundo. Habrá iguales, no lo dudo, pero mejores, imposible—y seguía hablando sin parar un momento, gesticulando y po-

niendo ese rostro complacido de los comerciantes cuando ofrecen nuevos artículos á sus clientes.

Siguieron atravesando grandes salones atestados de máquinas y de obreros, donde se aspiraban los olores de la vainilla, la canela y el cacao, confundidos con los de agrupación humana, de aceite y de tabaco. Cada máquina diferente exigía su explicación y cada nueva forma del producto reclamaba su encomio.

—Este es el salón de mujeres—dijo, entrando á la pieza última del último edificio.—Aquí se envuelven las tabletas en papel de estaño y se les pone su cubierta con la marca de fábrica y su aviso correspondiente. Mira qué cubiertas tan bonitas. Esta fué idea de Tomás. Yo quería que la leyenda fuera en español, pero, vamos, se empeñó tanto, que fué preciso ponerla en inglés. Eso nada significa; no pierdo con éllo mi espíritu independiente; al contrario, hago tragar mejor á estos sajones, lo que produce un latino, un verdadero latino incorruptible.

—Pero—aquí todo es extranjero—

se atrevió á decir Julio—me parece que no hay un solo operario nacional.

—En cuanto á los operarios tienes razón—repuso don Teodoro.—Esta gente sabe trabajar. Yo la utilizo como máquinas, como bestias de carga. Es la mejor forma de mi desprecio. Son una fuerza valiosa. Unos caballos inmejorables. Ellos no se enferman nunca, no se les muere nadie, no dejan de trabajar el lunes, no conocen más días festivos que los que uno quiere darles, no hablan, sobre todo no hablan. Y que manera de trabajar. Cada uno vale por dos de los nuestros, en cantidad y en calidad. Y en fin, hay la ventaja de que yo no les guardo consideraciones; los trato como lo que son, como bestias, puras bestias de carga. Pero—exclamó de pronto—aún en lo de operarios hay su excepción. Mira ese que trabaja en la cortadora es del país,—y dirigiéndose al que se refería, le preguntó en inglés cómo marchaba el trabajo aquella mañana.

Julio—con extrañeza y sin comprender lo que su padre decía al obrero, exclamó:

—Pero ¿por qué le hablas en inglés?

—Flaquezas humanas—repuso don Teodoro encogiéndose de hombros—este individuo, no quiere hablar español; una monomanía, una monomanía como otra cualquiera. Se le puede perdonar en gracia de ser un operario de primera, tiene todas las virtudes de los yankees y es de nuestra raza, no se puede pedir más.

Hubo una leve pausa.

—Ya lo conoces todo—continuó el padre.-Estoy seguro que has quedado satisfecho. Esto revela un gran esfuerzo, un esfuerzo colosal. Ahora vamos á conocer la casa de habitación. No hay lujo, pero comodidad, ya verás que comodidad.

V

Eran las doce del día, cuando se sentaron á la mesa. Hasta entonces no había tenido ocasión Julio, de fijarse detenidamente en Emma. Era una mujer admirable. Alta, robusta, fuerte. Sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas, teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba sobre su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso. Todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, una mujer hecha para la maternidad, molde soberbio para la procreación. Cuando

reía cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura tan humana, parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados, de natural serenos, y adquirían bajo el toldo de sus pestañas negras, una irresistible fascinación.

En aquel momento, reía, al propio tiempo que exclamaba:

—Con que Ud. es también como su padre, ¡que curioso! Nos aborrece.

Julio sintiendo como un golpe en el rostro al oír aquel *nos*, profirió con viveza:

—No aborrezco á nadie. Digo simplemente que prefiero lo que dejé á lo que hallo. Tal vez contribuyan á mi manera de sentir los recuerdos de la infancia. Tienen siempre un perfume tan grato para nosotros! Esta casa me parece bellísima, muy cómoda, y sin embargo, no puedo olvidar aquel viejo caserón de campo en que jugué de niño.

—Oh! repuso Emma, no dudo que eso pueda influir pero en el fondo á

Ud. le antipatiza nuestra raza. Se lo he notado, es inútil que me lo niegue.

—En primer lugar—dijo Julio—no se tratará de la raza de Ud., puesto que tiene Ud. una buena dosis de latina, y en segundo lugar, me parece que juzga con demasiada rapidez. La raza sajona no me antipatiza. Simplemente que..... no la querría ver en mi país.

—Yo de latina—repuso—como si fuera lo que más le preocupase—no tengo nada. Papá es más sajón que todos los sajones del mundo.

—Tiene razón Emma—dijo don Teodoro.—Yo te lo decía ayer. Tomás cumple el programa que se propuso á las mil maravillas. No tiene nada de nosotros, nada absolutamente. En cambio su hija, por más que diga, ya lo verás, no puede desmentir su sangre paterna con todo y la educación y la mezcla. La prueba mejor, es lo bien que armoniza conmigo, el enemigo de su raza, como ella dice.

—Enemigo—exclama Emma, sonriendo con su risa cristalina y sonora, —vamos tío, si Ud. es también ya de

los nuestros. Aquí el único verdadero enemigo y enemigo irreconciliable es Julio.

—Yo, yo,—repusieron á la vez don Teodoro y Julio, aunque con muy diferente expresión.

—Sí, es la verdad; no rectifico. Agrego simplemente que no pierdo la esperanza de que haremos cambiar á Julio. Yo haré lo posible, todo lo posible.

—En ese caso.....—Julio iba á añadir algo, cuando apareció en el umbral de la puerta, un hombre joven, muy rubio, de alegre fisonomía y porte elegante.

—Ola Santiago, exclamaron todos á la vez—¡qué sorpresa!

El recién llegado dijo en español, con marcado acento extranjero:

—Supe la llegada de Julio y quise venir á saludarlo, nada más que á saludarlo. Me voy esta tarde.

—Pues aquí lo tienes—repuso Emma—Abrázalo con cuidado, mira que es nuestro enemigo, es decir, enemigo de los yankees,—y de nuevo dejó correr el hilo tenue de su risa encantadora.

VI

—¿Cómo van sus trabajos,—señor anexionista?—dijo don Teodoro á Santiago.

—Admirablemente. ¿Ha visto mi artículo de hoy? Trato el asunto con toda claridad.

—Hoy no he visto periódicos—repuso don Teodoro.—Cómo hemos llegado esta mañana y era preciso enseñar á éste—volviéndose á Julio—lo poco visible que tenemos, no ha habido tiempo de ocuparse en la lectura. ¿Qué dice el artículo?

—Hago referencia á las noticias que ha mandado mi padre. En las otras repúblicas la cuestión se presenta tan bien como en Costa Rica. En el Sal–

vador y Guatemala parecía más difícil la tarea, sin embargo no ha sido así. Se ha trabajado muy hábilmente. Si no me equivoco, la anexión se verificará á fines del año, es decir, dentro de siete meses. Ya es necesario, no podría retardarse más.

—Pero, ¿es posible que nadie se oponga?—exclamó Julio con firmeza.

—¡Quién!—respondió Santiago.—Si la anexión no será más que una fórmula. ¿Qué somos ahora? ¿somos libres, por ventura? Tenemos un gobierno propio, es cierto; pero, si tú profundizas, verás que no es independiente. Ese gobierno tiene un periódico oficial que se publica en inglés, sus acuerdos, sus decretos, sus disposiciones todas, se publican en inglés. Y en sus oficinas no se habla otro idioma. Más aún, y esto entre nosotros, no se hace sino lo que quiere que se haga el Presidente de los Estados Unidos. No somos, pues, libres y en cambio se nos vedan las prerrogativas de ciudadanos de una gran nación. Conviene dar el paso definitivo. ¿No te parece?

—No discuto si conviene ó nó—añadió Julio con cierta vacilación—lo que me extraña, es que no haya quien se oponga, aunque se trate de puras fórmulas; las fórmulas son, precisamente, lo que más preocupa á los pueblos.

—Pero, ¿á qué pueblo te refieres?—repuso Santiago, sonriendo,—si ese pueblo ó aquel pueblo, se ha fundido en la nueva raza, la ha adoptado sin sentirlo. Hace treinta años, muy bien, entonces hubiera sido tiempo de resistir. Cuando mi padre dió la voz de alerta podía haberse hecho mucho; pero ahora.....

—¿Y nadie hizo nada en aquel entonces? Mi padre dice que la prensa se ocupó mucho del asunto.

—Sí, se ocupó como lo hacen los latinos siempre: en una forma ideal, hasta sublime si se quiere. Los periódicos lanzaron artículos rimbombantes, manifestando que antes morirían que ser yankees, que sabrían luchar hasta verter la última gota de sangre, que era preferible la muerte á la esclavitud! Los muy inocentes pensaban que un día de tantos, aparecerían, por

mar ó tierra, los ejércitos conquistadores y que habría lucha, una lucha heroica. Mientras esas buenas gentes gastaban sus energías en tales protestas, los sajones, sin armas, ó mejor dicho, sin más armas que su oro, su trabajo y su espíritu absorvente, iban alcanzando de día en día nuevos triunfos. Se hablaba de venta del territorio; pero como la venta no se verificó, ni se podía verificar, los patriotas siguieron refunfuñando entre dientes, dispuestos á morir tan pronto como fuera necesario. La hora, por supuesto, no llegó. Cuando sintieron ellos, los terribles, los indomables, ya vestían y comían á la americana, y pensaban, aunque no se atrevían á confesarlo, que los tales invasores no eran tan malos como se creía.

—Es cierto—repuso don Teodoro con calor—ha habido un gran fondo de debilidad, una flaqueza incalificable. Esas gentes han malgastado sus fuerzas. Oh! si todos hubieran sido como yo! No grité, no refunfuñé, pero supe protestar con mis actos. He sabido defenderme; he aprovechado á

la raza nueva como elemento; he cogido lo bueno que tiene, pero siempre despreciándola y sin corromper mi personalidad.

—Tiene razón Teodoro—repuso tímidamente D.ª Elisa, que aunque no acostumbraba intervenir en tales discusiones por temor de molestar á su esposo con sus simplezas, todo era que oyese decir, «utilizar á la raza», para que no pudiera contenerse.

—Si, tienes razón. Yo lo veo por los criados—los criados eran su argumento poderoso.—Oh! cómo sufrí con los del país! En cambio estos son inmejorables. Nada se les olvida. Desde que tenemos criados extranjeros, nunca te ha faltado tu té al acostarte, ¿verdad Teodoro?

Emma que se había puesto de pie y se dirigía al piano, cortó la discusión diciendo:

—Basta ya de sajones y latinos. Voy á cantar una romanza. Le advierto Julio que es americana: vamos á ver si también es enemigo de nuestra música. Se llama *Golden's heart* que quiere decir *Corazón de oro.*

VII

Cuando Julio se encontró solo en su alcoba, abrió su maletita y sacó un retrato. Representaba á una mujer en traje de calle. Sus manos enguantadas, descansaban suavemente sobre el puño de su sombrilla. Debía ser alta, delgada, fina, casi débil. Se tendió en un sofá, clavó sus ojos tristemente en aquella figura delicada y se hundió en una mística contemplación.

Que diferencia entre aquella mujer, y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día. Recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el dulce mirar de sus ojos negros: toda ella

tan vaporosa tan diáfana. Ese era su tipo: una mujer que hablase al alma; una figura novelesca, hasta un poco romántica. En cambio esos colores encendidos y esas formas recias, no podía soportarlas.

Así pensaba, cuando Emma apareció en su imaginación iluminada por su adorable sonrisa, aquella sonrisa que la transfiguraba hasta lo divino, que la descarnaba como con un cincel mágico, hasta esfumarla en los contornos del ideal.

La mano con que tenía alzado el retrato á la altura de los ojos, desfalleció suavemente hasta descansar en el pecho, mientras sus miradas se detenían en un punto invisible del espacio.

Desplegó de pronto sus labios una leve sonrisa; levantó el retrato hasta poner un beso sobre el papel satinado, lo dejó caer de nuevo, cerró los ojos, y pocos momentos después dormía profundamente.

VIII

Don Joaquín de Palacios, era hijo de un español de baja estofa que vino á establecerse á Costa Rica, donde, á fuerza de labor y economía, consiguió redondear una colosal fortuna. El hijo optó por la nacionalidad del padre; se hizo español, un español á toda prueba. La fortuna que heredó fué hecha en Costa Rica, en Costa Rica tenía todas sus posesiones, él no conocía más país que éste; aquí aprendió á llevar el traje y á tratar con la gente de tono; pero él era español, y no poco le valía esta nacionalidad. Solía ser de hecho costarricense, una que otra vez, cuando sus conveniencias lo reclamaban así. Por lo demás era siempre egoísta, calculador y ambicioso.

Cuando en 1898 se rompieron las hostilidades entre España y Estados Unidos, ardió en fe patriótica. Porfiaba, aseguraba, juraba que el león vencería al águila, como él solía decir. Desgraciadamente no fué así. La nación-coloso tenía una gran sorpresa preparada al mundo naval y militar. Levantó su brazo formidable, y el valor y la abnegación nada pudieron: fué preciso doblar la cabeza; fué forzoso rendirse. Entonces dejó de ser español; su falso patriotismo se disipó con el desastre, convirtiéndose en la ambición de ocupar un alto puesto en la política del país. No tenía talento ni ilustración; pero tenía dinero y consiguió lo que deseaba. El oro, como el báculo de Moisés, decía, hace brotar agua de las entrañas secas de la estéril roca!

Llegó á Ministro de Hacienda: sacó el pecho, irguió la cabeza, miró friamente, y quedó así convertido en un hombre público. Firmó, firmó mucho, pero jamás pudo saber lo que firmaba.

Su vida pública duró poco tiempo.

Vino un cambio político y se vió perseguido. Quiso al principio acogerse de nuevo á la bandera española; pero había perdido ya sus derechos. Clamó contra España, blasfemó contra Costa Rica y finalmente decidió irse á vivir á Francia, Francia si era un país habitable!

Cuando Julio llegó á París fué á visitar al *desertor*, así le llamaba don Teodoro en son de broma. Lo recibieron con gran cariño y visitó la casa con frecuencia. Don Joaquín tenía varias hijas á quienes Julio trataba con suma confianza, pero sin fijarse nunca en ellas de una manera especial.

Cierto día lo invitaron para un baile blanco; Margarita, la menor, cumplía veinte años. Expléndido estaba el salón Cómo resaltaban entre una explosión de luz, los fracs negros y las vestes blancas. Cuando se reunían varias damas, parecía tenerse delante, agrandadas, por una lente poderosa, las nubes que adornan las concebidas de Murillo y ostentan, entre su vaporosa albura, las risueñas y sonrosadas cabezas de los serafines. Entre uno de estos gru-

pos acertó á ver á Margarita. Estaba encantadora, La agitación y el calor habían puesto sobre sus mejillas pálidas un desvanecimiento de púrpura, semejante al último reflejo de una aurora boreal cayendo sobre un lampo de nieve. Sus ojos brillaban con luz extraña, y el placer convertía su expresión ligeramente triste, en una expresión lánguida, tenue y soñadora.

En aquel instante Julio se fijó, por primera vez, en aquella criatura angelical. Estuvo largo tiempo con ella durante la noche y desapareció entre ambos la antigua confianza, para quedar sustituída por una galante etiqueta. La confianza del amor, no es la confianza de la amistad. Es preciso que muera una para que nazca la otra, y sobre las cabezas de Julio y Margarita ya comenzaba á aletear débilmente, con sus alitas impalpables de oro y rosa, el dios pequeño, el dios terrible.

IX

A medida que Julio profundizaba en el alma de Margarita, se asombraba más de no haberla comprendido antes. Julio amaba las artes y Margarita poseía un delicado temperamento artístico; Julio era un soñador y Margarita vivía forjando sueños; Julio tenía una naturaleza sensible, y Margarita era la encarnación de la misma sensibilidad. Sus espíritus se compenetraban en el sentir y en el pensar. Contra la costumbre de todos, ellos no solían hablar más que en castellano. Ella creía encontrar en ese idioma algo de su madre muerta que nunca le habló en otro; él creía sentir en los vocablos de esa lengua,

palpitaciones de su patria ausente, donde aún creía que se hablaba.

Cuántas veces, él con la vista del recuerdo, y ella con la de la fantasía, recorrieron los lugares donde floreció la infancia de Julio. Admiraron aquellos bosques salvajes, llenos de olores vírgenes, de murmullos extraños, de sombras desconocidas; salpicados de infinitos matices por flores hijas de la selva; habitados por seres huraños y exóticos; cruzados por todas partes de ríos y riachuelos, remansos y cascadas; grandes, soberbios en la plenitud de su existencia primitiva; ó bien se complacieron en reproducir, al través del océano, aldeas sencillas ó ciudades microscópicas, recostadas en las faldas de los montes, besadas por linfas de plata, enriquecidas por las caricias de los céfiros preñados de aromas y henchidos de vida, ó sintieron, tentaciones de llorar, á la memoria ó la ficción de la casa paterna, cubriendo con su techo tosco tanta nobleza y tanta virtud.

Qué gratas pasaban sus horas y cómo se estrechaban y fortalecían

las ligaduras de sus corazones, que parecían unidos con el sello de lo inmortal.

X

El anarquismo, agobiado por una guerra sin tregua ni cuartel, se hallaba adormecido aunque no muerto. De cuando en cuando hacía sentir sus despertares con una explosión y un siniestro. Cómo toda evolución que lleva en sus entrañas una gran idea, sabía trasponer todas las vallas. Ya caería su monstruosidad y quedaría su gloria. Entre tanto cumplía su misión de hacha, de tea, de tempestad: abrir camino al socialismo científico; quemar lo inútil para dar con las cenizas abono á las nuevas ideas; tronar en los espacios para purificar el aire destinado á la nueva vida.

Su última demostración había sido

horrible. Un gran orador sagrado predicaba en el templo de Nuestra Señora: el templo estaba lleno; en aquella multitud había retazos de todas las esferas sociales; se rozaban el andrajo y la seda, el poderoso y el humilde, el que persigue la piltrafa, y el que domina con ella; el que come caprichos y el que ayuna á pan negro; el que tiene derechos y el que no los tiene. Los grandes actores no apartaban sus ojos del predicador: iban por estudio; los grandes literatos, no quitaban oído: iban por curiosidad; las grandes damas volvían y revolvían sus miradas por todas partes: iban á ver y á ser vistas; el populacho hambriento, iba á matar el hambre con el bullicio y á calentar el cuerpo con la aglomeración. La voz del predicador vibraba con ruido de aleteos sobre aquel mar de cabezas.

De pronto algo plateado trazó una curva en el espacio y cayó en medio de la multitud: era una bomba. A la caída siguió la explosión, á la explosión el asombro, la gritería y el desorden. Todos quisieron salir al mismo

tiempo. Se oían los lamentos de los heridos, las quejas de los que rodaban por el suelo, arrollados por la multitud, los ruegos, las blasfemias, las imprecaciones, y sobre todo aquello, dominando el estruendo, la voz del sacerdote que desde lo alto del púlpito, con acento apocalíptico decía:

—Maldito, maldito mil veces el que así profana la casa de Dios. Las iras del Eterno caigan sobre el impío,—y bajando la voz, al ver á los que se retorcían moribundos por el suelo, tendió sobre aquel cuadro de agonía y sangre sus manos lívidas y regó sobre ellos el consuelo de la absolución.

XI

En la noche de aquel día, como en todas partes, el trágico suceso se comentó en casa de don Joaquín. A grandes pasos cruzaba éste la sala, tronando con voz ahuecada y sañudo gesto contra los anarquistas y la insuficiencia de las leyes.

—Debilidad —decía— debilidad es lo que sobra, y energía lo que falta. Esos hombres deberían ser cazados en las calles como fieras. Un premio debía darse al que presentase la cabeza de un anarquista conocido. Pero no: yo sé que á ese bandido de Pussili le seguirán causa y lo tratarán como gente y finalmente hasta lo matarán con grandes consideraciones. Y quie-

ren acabar con la plaga: buen modo! Que les apliquen el tormento; que los hagan confesar, y después, con ellos y sus cómplices á la horca; sólo en la horca, puede asegurarse que están en el lugar que merecen. Eso si es hacer algo.

Julio y Margarita, que ocupaban una esquina del salón, protegida por la sombra, habían dejado sus cuchicheos para oír las últimas palabras de don Joaquín, pronunciadas con enojo, con firmeza, con acento amenazador.

Sabes—dijo Margarita con voz casi imperceptible, que me parece que papá tiene razón. Tú conoces como soy; no puedo consentir que en mi presencia se mate ni un escarabajo; pero esos anarquistas..... la verdad que esos anarquistas me horrorizan; los deberían acabar á todos.

Julio fijó tiernamente sus ojos en Margarita, y con la inspiración, con la fe con que hablan los individuos de temperamento nervioso, cuando el espíritu predomina sobre la materia, la dijo:

—Ciertamente esos atentados son repugnantes, esas tragedias horripilan; pero si tu supieras de donde nacen. Son explosiones de hambres contenidas, de largos inviernos sin abrigo y sin hogar; vienen de la angustia de ver á los hijos revolcarse sobre un montón de paja exhaustos por la necesidad, después de haber corrido el padre todo un día en busca de trabajo, de cualquier trabajo; son manotadas de fiera herida, convulsiones de la miseria, sacudidas del harapo. Nosotros los que tenemos todo, no sabemos, ni pensamos en los que nada tienen. Si tú vieras las miserias de las buhardillas, los horrores de esas casas habitadas por los hambrientos, verdaderos almacenes de bestias abandonadas! Y esos son los poderosos entre ellos; los hay más infelices todavía. Hay muchos que no tienen casa. Duermen sentados en largos bancos de madera, con apenas la cabeza apoyada sobre una cuerda tirante, y hay otros más desgraciados aún, que ni eso tienen: después de un día sin comer, pasan las noches errando de un

punto á otro, como hojas secas arrastradas por el aquilón. A veces se recuestan en el banco de una plaza y se quedan dormidos; inmediatamente viene el encargado del orden público, que no puede soportar esos desórdenes, los despierta y les dice, como la voz del Eterno al Judío Errante: anda: y el andrajoso, el hambriento, el que tiembla de frío y gruñe de cólera, tiene que seguir su ruta sin término, viendo al través de los cristales á los que comen y beben, ó en los abrigados coches al oro y la púrpura, al placer y al crimen, que van en busca de un lecho que él no encuentra bajo el cielo plomizo y lagrimante de nieve que alberga á tantos venturosos, á tantos ricos y á tantos malvados.

—Hacen mal, lo sé—añadió con menos calor—su proceder no conduce á nada; pero esas monstruosidades abrirán camino al socialismo, que en el fondo no es más que la caridad predicada por Jesús, por el divino Jesús.

—Sí, yo no niego que hay muchas miserias—repuso Margarita—y que nosotros no nos portamos bien con

los pobres; pero haber hecho lo que hizo ese hombre hoy en el templo, ¡qué sacrilegio!

—El estómago vacío, no es buen consejero y el corazón despedazado menos. Ese infeliz ha visto á su madre morir de hambre no hace muchos meses. Ya ese hombre no creía ni en Dios. Era un engendro diabólico de las injusticias humanas.

Mientras ellos hablaban así, don Joaquín alzando más el tono de la voz y haciendo más sombría la expresión de su rostro, exclamaba:

—Que se están muriendo de hambre, que no tienen donde trabajar, pues que mueran honradamente y se acabó. Los débiles, los que no pueden luchar en buena lid que desaparezcan. Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir á los impotentes. El árbol que se cae es por falta de resistencia ó por estar su tronco carcomido; qué caiga en buen hora, servirá siquiera de abono. No hay remedio, quien puede, puede; lo que debe extinguirse que se extinga.

XII

Después de aquella noche, se verificó en el alma de Margarita una completa transformación. Marcóse más su sensibilidad enfermiza y sus ideas se confundieron sin juntarse. Un desborde de caridad la hizo comprender los horrores de los dramas anarquistas y explicarse sus atrocidades. Ella tan dulce, tan inofensiva, le halló explicación al crimen; ella tan religiosa, no rechazó el sacrilegio. Su espíritu fluctuaba en una perpetua vacilación, sin que hallaran las ondulaciones de su alma un punto de remate.

Julio había abierto á sus miradas un horizonte desconocido, había torcido el curso de sus ideas. El no era

partidario del anarquismo como se había mostrado aquella noche; y su entusiasmo nació, solamente del afán de contrariar los modos de pensar de don Joaquín. Aquel viejo egoista y rudo le repugnaba y sentía placer en hacer que la hija no pensara en armonía con el padre. Lo cierto es que su obra se consumó. No podía ser de otro modo: Margarita era una neurasténica hasta el límite del histerismo; una enferma, una verdadera enferma. Había en ella una gran degeneración. Su padre la engendró ya viejo y gastado; su madre la concibió, agobiada por la nostalgia, herida de muerte por una suprema laxitud.

Aquella mujer era la encarnación de su raza. En fatales condiciones vino al mundo y en vez de sugetarla á un régimen fortalecedor, enérgico, se le entregó á los refinamientos del hastío, se le acrecentó el mal. Era noble, pero impotente; soñaba en volar pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolu-

ción para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías. Esa generosidad y esa ductilidad, la ponían al arbitrio de todo lo que atragera su imaginación ó superara sus fuerzas.

Razón había, en tal caso, para que la modificaran las palabras de Julio. No pasa otra cosa en los pueblos jóvenes nutridos con sangres gastadas y educados en falsos principios: se entregan á los ideales ó se inclinan á los yugos; ofrecen su hermosa virginidad á los falsos profetas ó gimen bajo la garra de los tigres. El caso es que siempre están expuestos á ser devorados por un coloso ó engañados por una fantasía.

XIII

Julio gozaba con la ductilidad de Margarita. Enorgullecíalo que su inteligencia jugara con el alma de aquella mujer, como las olas encrespadas juegan con un esquife. Estaba satisfecho de imprimir forma á aquella planta nueva. Tenía la seguridad de levantar los vuelos de su espíritu hasta hacerla superior á todas las mujeres, lo cual para él, en el fondo, no era mucho, ya que el sexo femenino no le merecía el menor aprecio. Pero Margarita sería muy superior!

Complacido de su obra, no veía que su volubilidad y sus caprichos imprimían diariamente distinta dirección á las ideas de su amada, no lo-

grando otra cosa que hacerlas menos profundas, y más agudo su exagerado neurotismo. Ignoraba que para educar bien, es preciso calar hondo; que las naturalezas de enfermiza sensibilidad no tienen más fuerza que la del carácter y es necesario enseñarles el dominio de la voluntad.

Pero ni uno ni otro estaban en condiciones de reflexionar. Se habían entregado sin reserva las virginidades de sus almas. El había saboreado el placer y la pasión: había vivido con una griseta y hecho varias locuras por una *cocote;* pero nada más. Ella desconocía toda sensación y todo sentimiento en el campo del erotismo, antes de conocer á Julio. Amaban ambos por primera vez, y se dejaban llevar como átomos arrastrados por el viento, impotentes para luchar contra la fuerza que los empuja.

De pronto vino á despertarlos de su dulce soñar, la violenta sacudida de la separación. Don Teodoro llamó á Julio y fué forzoso regresar al país natal. Pronto volvería á Europa y se efectuaría el matrimonio con Marga-

rita. Esta era la promesa de su padre.

Qué dolor para ambos. Julio y Margarita lloraron sin reservas y soñaron sin tasa. Forjando proyectos y acariciando esperanzas, endulzaban algo tanta amargura. Sin embargo Julio, creía encontrar en la pena de Margarita un motivo más de angustia que la ausencia y el amor: la desconfianza. Aquella mujer temía que Julio no volviese, y viendo á sus hermanas siempre aburridas y malhumoradas por el celibato, sentía ella todo el horror del solterismo. Joven educada, para ese único fin, temblaba al sólo pensamiento de que este no se realizace. Sufría la esclavitud á que condena la impotencia en las mujeres que no hallan más porvenir que la unión con un hombre que salve su debilidad. Estos pensamientos molestaban á Julio que no acertaba á confesarse toda la culpa que tenía en aquel egoísmo. Se había hecho indispensable como elemento de fuerza y no como colaborador en ideas y pensamientos, y Margarita no podía

prescindir, ni con la imaginación, de esa necesidad.

Cuando se halló lejos de ella, tal preocupación se disipó y una vez más enorgulleciose de ser el complemento, parte de la vida, de una virgen digna de ser muy amada. Por eso, al ver á Emma tan varonil, tan suficiente por sí misma para la lucha de la vida, tan poco preocupada del matrimonio, renació con más fuerza en su corazón el recuerdo de Margarita, toda debilidad, toda timidez, acogida á él, como el arbusto que busca arrimo junto al duro tronco que le salve de las lluvias y los huracanes.

———

XIV

Julio se levantó muy temprano con la intención de recorrer los sitios tantas veces trillados en su niñez y que encerraban los mejores y más firmes recuerdos de su vida. Quería, con la imaginación, volver á la infancia.

Descendió al jardín que extendía frente á la casa el derroche de sus matices, como una gran alfombra oriental al pie de un trono. Allí estaba Emma. Recogía rosas y formaba un ramillete. En el momento en que Julio la vió, un naranjo en flor, cual si estuviera salpicado de nieve, alzaba sobre ella su tupida copa que á cortos intervalos lloraba lágrimas blancas.

La naturaleza tropical mostraba sus

gigantes energías hasta en las debilidades de un jardín. Las plantas más raquíticas tenían algo de grandioso; parecían satisfechas de la fecundidad y vigor del seno que las alimentaba. Se erguían con la plenitud de su savia joven y poderosa, enorgullecidas de su primavera eterna. El cielo tan diáfano y el sol tan puro, ayudaban á vigorizar la naturaleza. Una lluvia de oro candente caía sobre un mar de verdura, esmaltado por el rocío matinal y llovido de todos los colores del iris que vivían en aquella eflorescencia abrumadora.

Emma, con su falda oscura y su camisa varonil de tinte pálido, que hacía resaltar la blancura de su cuello coronado por la mata azabachada de su melena obscura, le pareció á Julio, en medio de aquel jardín que despertaba con la aurora lleno de esencias y de sexualidades, como la representación de la vida, de la fecundidad. Las rosas que aprisionaban sus manos eran frescas y purpuradas como sus mejillas; algunas blancas, como su frente, como sus manos, co-

mo su cuello. Su adorable sonrisa tenía semejante á aquel sol de mayo, esparcimientos de alegría. Estaba encantadora.

Cuando oyó pasos volvió la cabeza.

—Ah, Julio, es Ud.?—dijo, con un acento imperceptible, como el saludo de los campos á la aurora.—No creí que se levantase tan temprano. En París no son madrugadores.

—Ciertamente, no tengo costumbre de ver la salida del sol, pero hoy deseaba dar un paseo por mis viejos rincones. ¿A Ud. no le gusta pasear por el campo?

—Mucho, y no me canso nunca. Si no le molesta iremos juntos á ver esos rincones de que Ud. habla.

Un coloreo de púrpura bañó el rostro de Julio. Sentía como vergüenza, de aventurarse con aquella linda criatura solos por el campo. Imaginaba que en aquel paseo había una traición á Margarita.

Pronto reflexionó y se disiparon sus escrúpulos. Nada tenía que se acompañase de su prima para recorrer los sitios de sus recuerdos. Menos aún

tratándose de una mujer varonil, fuerte, sonrosada, que no podría nunca entrar en el molde de sus ideales.

Salieron del jardín y caminaron por una abovedada galería de verdura, hecha de grandes árboles que estrechaban sus ramas hasta formar una ceñida red de hojas impenetrable para el sol. La humedad del suelo dejaba crecer un musgo fino y afelpado que fingía un blando tapiz de seda, y en los márgenes, como brazaletes ceñidos á los troncos y que extendían sus dijes á los lados, se veían coronamientos de margaritas y violetas que parecían vivir en una hermandad inalterable. Surgían de abajo perfumes embriagantes y descendían de arriba trinos arrulladores. El sol no se miraba, pero se sentían sus cálidas palpitaciones en el ambiente tibio.

La selvática galería desembocaba en una altura que dominaba el valle. Un océano verde extendía abajo su inmensidad y se movía con el mismo compás de las ondas.

Julio, muy pálido, respiró fuertemente al salir, como si tuviese el pecho

oprimido y dejó escapar una exclamación de entre sus labios trémulos.

—Esto sí es aquello—dijo con satisfacción.

—¿Lo reconoce Ud? preguntó Emma.

—Perfectamente. No ha cambiado el panorama. Tal vez haya más civilización en el cultivo; pero no se observa á primera vista.

—Oh! allá está mi cascada,—exclamó de pronto señalando hacia unos peñascos que se veían á lo lejos, cortados por una faja blanca que se ensanchaba al caer y tenía reflejos argentinos, como si fuera una falda de tul puesta sobre el espaldar de una silla y salpicada de lentejuelas de plata.

—Vamos allá,—dijo Emma,—y comenzó á descender dando pequeños pasos para pisar firme sobre el terreno blando.

Y los dos se perdieron en el mar de verdura, sintiendo la humedad y el frío de la mañana, y respirando los olores de tierra mojada y de capullos recién abiertos. Había momentos en que los árboles altos, unidos, los en-

volvían en una semi-obscuridad deliciosa, ó eran tan separados y pequeños, que dejaban sus bustos inundados por un torrente de luz. En estos momentos podía verse la cascada herida por los rayos oblícuos del sol naciente, que la franjeaba de iris y la cubría, en las curvas que formaba el agua al rebotar de roca en roca, con láminas de oro y plata, á veces atonadas de los reflejos del cobre.

Y seguían avanzando. Observaciones aisladas y palabras sueltas formaban su conversación. La falda de Emma se enganchó en una espina y Julio se arrodilló para desprenderla.

—¿Nunca se había Ud. arrodillado ante una mujer?—preguntó Emma sonriendo.

—Nunca; pero en esta ocasión ya merece la pena de hacerlo—dijo él sonrojándose de pronto é irguiéndose violento como arrepentido de su galantería.

Y llegaron, al fin, á la cascada. Emma comenzó á subir por las rocas en que la naturaleza parecía haber arquitecturado una escalera. En lo

alto un sauce, como protegiendo la caída, echaba su follaje hacia adelante y derramaba una sombra bienhechora. Perdido entre los árboles se veía culebrear el ríachuelo que iba á despeñarse saltando de escalón en escalón, y haciendo surgir en sus rebotes, borbotones de espuma que parecían montecitos de plumón de garza.

Estaban muy fatigados: sentáronse á reposar sobre una piedra. Ella alzó hasta arriba de las cejas el velo blanco, llovido de puntos rojos, que cubría su faz y él puso sobre sus rodillas el sombrero de paja, mientras se enjugaba con el pañuelo el sudor que corría por su frente.

Julio sintió de nuevo la impresión que lo había dominado en el jardín al hallarse á solas con Emma. Vergüenza, temor, algo como una leve mordedura de remordimiento. Lo embargó el deseo de hablar de Margarita, de hacer confidencias á Emma, como para justificarse, ante sí mismo, de un acto que nada tenía de punible y llevó la conversación á este punto.

—Cuántas veces he recordado en

París este sitio y he hablado de él con verdadero amor—dijo tristemente.

—¿Muchas veces? Pero ¿con quién allá? Ah! ya comprendo, con su prometida, seguramente.

—Mi prometida? repuso él con acento vacilante. Y cómo si se arrepintiese de aquella vacilación agregó con firmeza.—Sí, con mi prometida.—Y rompió á hablar de ella entusiasta, acaloradamente. Recordó sus encantos, sus debilidades, sus caprichos, hasta su cambio ultraista después del suceso de Nuestra Señora. No omitió un detalle, un pormenor, una simpleza. Emma escuchaba llena de profunda atención. Cuando hubo terminado, con acento compasivo, tierno, casi maternal, exclamó:

—Pobrecilla, debe ser casi un niño.

«Casi un niño.» Aquella frase comenzó por pegarse á los oídos de Julio y acabó por picarle en el corazón.

¿Qué mérito tenía el haber dominado, modificado, transformado á un sér que era casi un niño? Su conquista, su gran conquista, Emma debía encontrarla demasiado cándida,

demasiado sencilla, y se avergonzó de su confidencia. También, y esto él mismo no se atrevía á confesárselo, se avergonzó de la debilidad, de la ductilidad de Margarita.

XV

Aquel mismo día Julio escribió á Margarita y le refirió su confidencia á la prima. Creyó cumplir un deber haciéndolo así. Omitió sin embargo el nombre de Emma y el sitio de la confidencia. Le pareció que nada de malo había en aquella omisión. Para qué hablar de Emma, si no hacía más papel que el de prestar sus oídos bondadosos para escuchar las frases de un hombre que hablaba con entusiasmo de su amor. Por lo demás la carta era tiernamente sincera. Le refería sus tristezas de ausente, sus desengaños de la patria, el cambio de ésta y terminaba con grandes protestas de pasión y ofrecimientos firmes de volver á París muy en breve.

Después de escrita la carta leyóla cuidadosamente y, cosa rara, lo que no había sentido al escribirla esperimentólo en aquel momento; cierta mortificación por no haber nombrado á Emma, ni hecho reseña exacta del paseo de la mañana. Creyó que obraba mal y agregó una posdata que simplemente contenía una mentira.

«Emma, mi prima,—escribió—me encarga mandarte sus recuerdos. Le he hablado tanto de tí que se ha impresionado».—Después otras frases de amor, más expresivas, más fervientes que las anteriores.

Descargada así la conciencia, se apresuró á cerrar la carta. En aquel momento, entró en la estancia don Teodoro. Venía con la grata nueva de que su hermano Tomás, después de concluir un gran negocio ferroviario en Honduras, estaría de regreso dentro de dos días.

—Me alegro infinito—exclamó Julio. Tengo gran deseo de ver á mi tío. Apenas me acuerdo de él. Creo que es un hombre superior. Sus hechos lo demuestran así.

—Ya lo creo—repuso don Teodoro—No tiene otro defecto que su americanismo. He ahí la única causa que hemos tenido para reñir en la vida. Ah! si Tomás hubiera comulgado con mis ideas, cuanto hubiera podido hacer por la buena causa poniéndole al servicio su claro talento! Pero vamos no todos son como yo.

———

XVI

Don Tomás era alto, delgado, la color moreno, despejada la frente, resuelto el andar, su acento firme y enérgico, su actitud reposada. Julio no pudo resistir al influjo de su poderoso talento, aunque sus tendencias americanistas le eran antipáticas. Por acaso habían hablado de estos asuntos, una que otra vez, cuando cierto día, de sobre mesa, estalló en toda su plenitud la discusión.

—Sí,—decía don Tomás convénzase Ud.—Estos pueblos estaban llamados á desaparecer. No tenían derecho á vivir. La encina que cae sobre el arbusto lo aplasta. Los pueblos sin personalidad, sin energías, sin idea-

6

les, mueren; y el nuestro no tuvo nunca ni ideales, ni energías, ni personalidad.

—No comprendo—repuso Julio algo exaltado—por que razón un pueblo no ha de tener como todos, derecho á la vida y á la libertad, sea cual sea su condición.

—Sencillamente por que no se hizo acreedor á vivir y á ser libre. Deje Ud. explicar mis teorías refiriéndome á nuestro país, pero no se exalte, se lo suplico. Discutiremos tranquilamente. Hizo una pausa y continuó: Pues bien, como he dicho, una de las tantas causas que hallo para la desaparición nuestra, es la impersonalidad. Le haré algunas observaciones en el arte. Como artista, me comprenderá mejor. ¿Ud. pinta, no es cierto?

—Emborrono—masculló Julio.

—Y ¿conoce Vd. en la pintura centroamericana cuadro alguno que represente nuestras costumbres, nuestra naturaleza, nuestros episodios históricos? Ninguno seguramente. Y si Ud. analiza en las otras ramas del arte encontrará lo mismo.

Don Tomás se había puesto de pie y hablaba con creciente calor.

—Un escritor del siglo pasado—continuó—dice que si se perdiera la historia de la humanidad, las obras de arte serían un poderoso auxiliar para reconstituirla. Eso no reza con nosotros. Nuestros poetas, nuestros literatos, han desdeñado el escribir sobre asuntos nacionales. Así como nuestra pintura se ha agotado en copias de los grandes maestros, y no directamente de los originales, sino de malos cromos, oleografías y grabados, así nuestros escritores han ido siempre pisando las huellas de alguna otra literatura no por cierto de las mejores. En el fondo, hemos sido los primeros en despreciar todo lo nuestro.

—Yo creo que hemos seguido la ruta que debíamos—repuso Julio—Pueblos tan jóvenes no podían ser originales. Tenían que andar un camino trillado al principio; ya abrirían más tarde el suyo propio. Pero despreciarnos, no veo que nos hayamos despreciado.

—Vamos, que parte Ud. de un error.

Los pueblos jóvenes, casi niños, son precisamente los más originales. Y si no recuerde Ud. los grandes poemas. Son producto de los pueblos casi bárbaros, y esa idea tampoco es mía. La he leído en..... Macauley..... sí me parece que es de Macauley. En cambio amigo mío, los pueblos decadentes son siempre imitadores.

—Pero en eso puede haber contribuído nuestra educación colonial.

—Justo, Ud. lo ha dicho, ese es otro motivo de que desaparezcamos. La educación colonial nos tornó *impersonales*,—permítame que use esta palabra, —é indiferentes. Y como si variara de pensamiento agregó:—Vea Ud., los indios vivirán más que nosotros. Sean estos países de quien sean, siempre estarán representadas las razas primitivas, por las ruinas del Palenque y de Copán, por la *marimba*, por el *tun tun* y las *chirimías*. Eso es la expresión de una raza. Nosotros hemos desdeñado todo eso. Nos ha seducido la civilización en todas sus fases y en todas sus formas y hemos corrido tras ella con un afán insaciable. Hemos dejado to-

do lo nuestro por coger cualquier cosa de lo ajeno. Nos hemos amoldado con facilidad al modo de ser de los que querían que nos amoldáramos á ellos. He ahí, porqué los indios fueron conquistados y nosotros somos absorbidos. Si hubiéramos girado en una órbita propia, nos hubiéramos salvado del peligro, aún haciéndonos acreedores á la censura; pero hemos querido girar tan cerca de la órbita americana que hemos sido víctimas de las leyes de atracción. Caímos en el gran astro como los aerolitos caen en la tierra. Un sol tan próximo deslumbra, deslumbra, convénzase Ud.

Don Teodoro, que por lo general no hablaba en presencia de su hermano, no pudo menos de terciar en la conversación.

—Tu exageras, Tomás—dijo.—Ese gran pueblo habrá deslumbrado á unos cuantos, á los débiles, á los impotentes; pero los corazones firmes no se dejan deslumbrar. Lo de haber sido atraídos por pasar muy cerca de su órbita, es otra exageración. ¿Quien ha vivido más entre los yankees que

yo? ¿Quien se ha servido más que yo de sus energías? Y sin embargo giro en mi órbita propia, no he perdido mi humilde personalidad. Ya vés que pronto te ofrezco un ejemplo para combatir tus teorías.

Una sonrisa levemente irónica desplegó los labios de don Tomás, que repuso con acento paternal:

—Vamos Teodoro no me obligues á decirte la verdad. Tu eres más yankee que ninguno, más que todos nosotros.

—Yo?

—Sí, tú. Mira la fábrica: no hay en ella un solo elemento del país; repasa tu biblioteca: sólo encontrarás obras en inglés; recorre tu casa: los muebles, los criados, las comidas, las costumbres, todo pertenece á esa raza que afirmas odiar tanto.

—Que gracia!—exclamó don Teodoro, riendo con franca risa.—Entonces no comprendes mi modo de ser. Desprecio á esa raza, pero la utilizo. Tengo obreros norteamericanos, como tendría caballos normandos ó vacas de Jersey: porque son fuertes, por-

que á la postre producen más. Eso no quita que aprecie doblemente á nuestro pueblo. En cuanto á libros industriales, ¿quienes los tienen mejores en el mundo que ellos? los utilizo también. Y por lo que toca á la casa, soy amigo de la comodidad y la tomo donde la encuentro. Pero soy siempre el mismo, esa gente no me cambia, no me puede cambiar.

Julio cortó la discusión temiendo la derrota que á su padre esperaba.

—Sus argumentos—dijo volviéndose á don Tomás con galanteria francesa—son muy sutiles é ingeniosos, hasta ahora; pero, me permitirá decirle que no los creo de todo punto sólidos.

—No lo son, está Ud. en lo justo: pero es que aún no he terminado. He querido empezar por los más débiles, por los que no tienen importancia. Voy á seguir en *crecendo*. Le hablaré de nuestros orígenes, de nuestras mujeres, de nuestra política, de todas las causas, que, á mi ver, han influído en nuestra desaparición. Mañana continuaremos, si le parece. Hoy creo

que tenía Ud. un paseo proyectado con Emma. Ya es hora.... Las tres de la tarde.

XVII

Aquella noche no pudo resistir Julio á la tentación de hundirse en las profundas reflexiones que los sencillos argumentos de don Tomás, llevaron á su espíritu impresionable. Vió en el fondo de ellas un gran sentimiento de verdad. ¿Había—empezando por él mismo—un sér menos original? El, que sentía cierta compasión hacia su padre al verlo arrastrado por el torbellino yankee, y cierta repugnancia, por su tío al verlo echarse voluntariamente en ese torbellino, ¿era, por ventura, más que el uno ó que el otro? ¿Representaba él á su raza dignamente? Nada menos que eso. El era un ser híbrido, cosmopolita, lleno de un falso patrio-

tismo, que no era en el fondo, sino una necia preocupación. Su padre era el débil arrollado por el fuerte; su tío el audaz que mantiene contra todo sus opiniones; él, era casi un extranjero, libre del mal por no haberse expuesto al contagio, pero impotente para atacar al mal. ¿Y él representa á su raza agonizante? ¡qué locura! Don Tomás sí tenía una figura de líneas inconfundibles, de contornos propios: enérgico, resuelto, implacable. Hundía firme el puñal en las entrañas de los suyos convencido de que obraba bien, de que cumplía como hombre honrado. Sus hijos no eran menos que él. Frutos dignos del árbol que les dió vida: Santiago el propagador infatigable de sus opiniones, el hombre de lucha, el apóstol; Emma, la sublime mujer de la raza yankee, independiente, varonil, enérgica, sin el terror del solterismo, ni la necesidad del macho como portador del sustento.

¡Qué diferencia entre ellos y él, entre ella y Margarita! El tenía el apasionamiento en la palabra y la

impotencia en la acción. Era capaz de sentir, pero no de hacer. Y entre Emma y Margarita, también, qué diferencia. La segunda era el prototipo de su raza engendrado por el vicio de las costumbres; de la mujer latina, sublime, pero impotente; imperfecta, incapaz, incompleta. ¿Quién podía decir si Margarita le amaba ó si no veía en él más que su complemento, su salvador del ridículo celibatismo: su báculo para subir la áspera pendiente de la vida? En cambio Emma, cuando amara, amaría por necesidad de amar, por el cumplimiento de una gran ley: la ley de la naturaleza.

Así evolucionaban sus ideas cuando sintió algo como el toque del remordimiento. Volvió sus ojos al retrato de Margarita y se le arrasaron de lágrimas los ojos. El era ingrato, él era cruel, hasta en eso le faltaba personalidad. Lloró sinceramente y le pareció, que renacía en su alma más fecundo y más fuerte, el amor á la niña debil, incompleta y enfermiza.

XVIII

—Lamento—decía don Tomás, al siguiente día—no tener como mi hijo espíritu de propagandista. No sirvo para predicaciones, ni conferencias. Tenía el proyecto de hablar á usted largamente de los motivos que han dado margen á nuestra rápida desaparición y después de reflexionar he encontrado innecesaria mi tarea. ¿Usted se quedará algún tiempo en el país, nó? Pues bien, lo que yo pudiera decirle ahora, Ud. lo verá prácticamente, lo comprenderá por sí mismo. Las palabras mías podrían tomarse por un exceso de entusiasmo, por hijas de la parcialidad: en cambio ante la evidencia, hay que inclinarse y Ud. se inclinará.

—Sin embargo desearía oírlo—repuso Julio.—Nada hay más doloroso que los golpes de la experiencia, cuando son inadvertidos; prefiero estar preparado para sufrir. Reflexioné anoche en lo que hablamos ayer, y no dejaron de impresionarme sus palabras. Si eso ha pasado con los argumentos más débiles, los más fuertes, quien sabe, tal vez me convencerán y sería mejor. Vengan, aunque sean ligeramente expuestos.

—No podría exponerlos de otro modo. Se me ha pegado de los sajones el laconismo. Yo voy al grano, directamente al grano. Además lo que tengo que decir no requiere extensión. Mucho de ello, Ud. lo conoce perfectamente. Lo tocante á origen y educación de ambos pueblos, por ejemplo. El pueblo yankee, educado en las prácticas de la libertad, en el ejercicio de sus derechos, muy dispuesto á dominar y muy opuesto á ser dominado; pero á dominar, no con el fuete en la mano, sino por un medio suave, de plácida asimilación. Nosotros en cambio sujetos á vergonzosa

esclavitud, sin práctica ni educación políticas, acostumbrados á tutela, sin fe en nosotros mismos, dispuestos siempre á dejar para el día siguiente, lo que debe hacerse en el mismo día. Este es el problema. Ponga Ud. ahora esos dos pueblos, cerca y en íntimas relaciones. En el uno reinarán las instituciones grandes, que ennoblecen á la raza humana; en el otro habrá un hervidero de políticas mal sanas, de bastardas ambiciones. El uno vivirá para el progreso legítimo y el otro para las revueltas insensatas. El pequeño, ó mejor dicho, el infeliz, el enfermo, sentirá la seducción del grande, del sano. Y esas reducciones son muy peligrosas; las siguen siempre las imitaciones que son funestas. Lo que ha pasado con nosotros no hay más que ver. Deslumbrados por la libertad yankee, nos dimos á copiar sus instituciones, como si bastara con copiar el texto no teniendo la educación. Seguimos siendo tan malos después de la copia como antes, y, en cambio, nos dispusimos á imitar á la gran nación de la manera

más servil. El águila vió eso desde arriba y lo aprovechó, ¡claro!, allí, tenía una gran válvula absorvente. Nosotros necesitábamos tutela y ella podía ofrecérnosla; nosotros con más riquezas éramos menos ricos, necesitábamos dinero y nos lo dió. Lo que hace un prestamista con un joven alocado! Por último nos impuso el progreso con sus ferrocarriles, sus vapores, sus canales, sus empresas en general, y con el progreso se nos impuso en absoluto. Nos chupó, esa es la palabra; y todo, por que esa nación fué educada para chupar—permítame seguir usando la palabreja,—y nosotros, para ser chupados. ¿No cree Ud?

—Creo que su antiespañolismo lo lleva á exagerar; pero en el fondo hay mucho de razón. Los españoles, es cierto, trajeron la idea de enriquecerse, únicamente, y no de contribuir á la grandeza de su patria. Caro, por cierto han pagado su espíritu anticolonizador. De la gran España sólo queda la península. Me parece, sin embargo, que nuestra pequeña parte de raza indígena contribuyó á la desaparición

ó la fundición—permítame Ud., también mis palabrejas. Una raza fría, como hierática, indiferente, no podía dar un gran elemento para base de una nacionalidad duradera.

—No creo, que en eso estribe el mal. Esos defectos que Ud. señala, son hijos del medio como fueron conquistados. El yugo, los tornó así; ellos eran enérgicos, viriles patriotas. Recuerde Ud. á Urraca, á Quibian, á Tecum-Uuman, á Atlacatl, á Lempira, poderosos, fuertes, casi indomables. El mal que, á mi juicio, de ellos nos viene, es la facilidad para dejarse seducir por lo sobrenatural. De allí resultamos nosotros seducibles. Por otra parte—agregó don Tomás, con suave acento—nuestra educación social y moral no cree Ud. que es una gran causa? Lo es. Nunca dimos importancia al hogar, no se nos educaba para él. Los hombres de nuestra raza fueron siempre malos maridos. Yo recuerdo que cuando era joven, mis contemporaneas se desvivían por los extranjeros, sobre todo por los sajones. Lo que mas venía al país eran

americanos y los americanos acabaron por ser ídolos. Se casaron con nuestras mejores mujeres y en la sociedad concluyó también por dominar la raza. Y le advierto que buenos bribones había entre ellos: borrachines, jugadores, mal educados; pero la fama estaba hecha y no había medio de combatirla.—Otro punto importante es el sistema usado por nuestros gobiernos. Repase Ud. la historia de nuestras empresas y de nuestros contratos y verá.....

No pudo concluir su frase. Don Teodoro se presentó en el comedor sudoroso, muy sofocado y quejándose por que eran ya las dos de la tarde y no habían ido al estreno de su máquina cortadora, embaladora y empacadora; una gran máquina.

—Darse prisa, darse prisa, decía con voz emocionada.—Hay que ver esa novedad. No cabe duda que los tales yankees para eso de máquinas se pintan. Lo entienden, lo entienden, no hay duda. Pero anden Uds. Ya Elisa y Emma están allá. ¿Quién diría que las mujeres fueron más puntuales? vamos..... y mujeres de nuestra raza!

XIX

El día era en extremo caluroso y en el interior de la fábrica, el concurso de gente y lo estrecho de las ventanas, hacían que el aire pesado, tibio y mal oliente fuese casi irrespirable. Cuando entraron don Teodoro, don Tomás y Julio en la estancia donde el ensayo debía verificarse, encontraron á Emma que próxima á una de las ventanas en busca de fresco, se hacía aire con unas cuantas etiquetas de chocolate que había arreglado en forma de abanico, mientras doña Luisa no se apartaba de la máquina ni distraía sus ojos de ella, segura de agradar á su esposo con esa actitud de mujer atenta y curiosa.

—Pues manos á la obra—dijo don Teodoro—y cogiendo la palanca con su ruda mano de hombre acostumbrado á los trabajos fuertes, la atrajo hacia su pecho. Se oyó un ruído como batir de alas y muchas ruedas comenzaron á girar vertiginosamente, mientras una cuchilla que en su rápido sube y baja lanzaba reflejos como relámpagos, iba cortando en partes iguales y pequeñas las grandes marquetas de chocolate que caían divididas á un depósito de donde les tocaba salir embaladas y listas para el consumo. Una sonrisa de triunfo desplegaba los labios de don Teodoro, que repetía, mientras se limpiaba el copioso sudor de su frente:

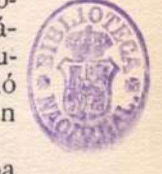
—Soberbio, soberbio. No, no se puede negar, esta gente sabe lo que hace!

De pronto lanzó un grito inarticulado y su rostro encendido se tornó densamente pálido. La polea seguía girando y las ruedas de la máquina también; pero la cuchilla había dejado de funcionar. La máquina se había descompuesto.

—¿Qué pasa?—dijo sin saber á quien hacía tal pregunta—y con voz colérica comenzó después á bociferar.

—Mr. Withman, come, come at once.

El maestro mecánico llegó al momento y procedió á examinar la máquina con minucioso cuidado y seguridad de hombre conocedor. No tardó en encontrar el defecto. Faltaba un tornillo.



Don Teodoro estaba fuera de sí. Iba de un lado á otro, preguntaba, investigaba, era preciso saber inmediatamente, quién era el causante de aquel olvido. No tardó en saberlo. Era el obrero del país. La cólera del fabricante no tuvo límite, se olvidó de que no estaba solo y comenzó á decir mientras daba puñetazos sobre una mesa:

—¡Quién otro podía ser! Claro. El del país. Que gente. Por eso no hemos podido hacer nunca nada. Somos una raza inferior, muy inferior. Mal hago en tratar de mantener esa gente en mi fábrica. Y empezó á pasearse, creciendo en sus diatribas con-

tra la raza latina. Felizmente en uno de sus paseos dió con la cara de don Tomás y comprendió todo lo inconveniente de su desahogo. Dominó hasta donde pudo su cólera y exclamó:

—Qué cosas, digo, bien visto él no es culpable. Qué culpable va á ser. No ha visto nunca tales máquinas. La culpa es sólo de Ud.—agregó volviéndose al maestro mecánico.—¿Por qué pone á un obrero que no es conocedor? ¿Por qué no lo hace Ud.? ¿Para qué lo tengo?

Mr. Withman, clavaba en él con asombro sus grandes ojos azules de mirar sereno. No entendía una palabra, don Teodoro hablaba en español.

—Para qué los tengo?–continuó éste volviéndose á su familia y deseoso de recuperar su actitud de latino incorruptible.—Los tengo porque saben trabajar, pues que trabajen. Para sufrir estas cóleras mejor tendría gente de mi raza. Siquiera no viviría entre seres que desprecio. Ya veremos si un latino de veras, soporta estas cosas. Ya lo veremos.

—Vamos Teodoro—repuso don To-

más—eso no vale nada.—Todo ensayo tiene sus dificultades. Mañana trabajará la máquina perfectamente. Ahora vámonos que aquí hace un calor insoportable. Yo me ahogo y mi pobre Emma está casi asfixiándose. Vamos. Y descendieron por las estrechas escaleras aspirando con fruición el aire puro de afuera, que se hacía sentir más y más fresco, á medida que se aproximaban á la puerta que daba al campo.

El calor había encendido, más que de costumbre los labios y las mejillas de Emma, y sus ojos llenos de secreta fascinación, brillaban con luz extraordinaria. Parecía una Perí después del baile. Había cierta idealidad en la fatiga que demostraba su rostro.

Julio clavó en ella sus ojos y no pudo contener un extremecimiento.

—La molesta mucho el calor? la dijo.

—Mucho. Pero ahora me refrescaré. ¿Ve Ud. aquel árbol que está á la entrada: ese muy grande, de una copa muy verde? Allí se tiene una magnífica sombra y se descansa muy á

gusto. Pienso ir allá. ¿Si Ud. quiere acompañarme?

—Yo, á donde Ud. fuera querría ir siempre—repuso Julio con acento que denotaba emoción.

—Nada más fácil, mientras yo esté en su casa—contestó Emma con naturalidad.

—Y ¿Ud. piensa detenerse algún tiempo?

—No lo sé, depende de mi padre.

Julio iba á decir algo más, pero no se atrevió. Emprendieron el camino en silencio y hasta llegar al pie del árbol, en un trayecto de unas doscientas varas, no volvieron á cruzarse una sola palabra.

XX

El lugar señalado por Emma era verdaderamente encantador. Un árbol gigantesco de nudoso tronco y agrietada corteza extendía sus ramas casi horizontalmente, como si quisiera ensanchar la sombra que ofrecía bajo su copa alta, tupida y verde. Algunas raíces adventicias, desprendidas de las ramas habían alcanzado la tierra y nutridas por la gran madre, llegaban á engrosar hasta parecer troncos delgados, arquitecturando, con el artístico desorden de la naturaleza, una como gruta de estalactitas negriverdosas, bajo un pabellón de esmeralda. Don Teodoro había colocado rústicos asientos entre aquellos arcos y columnatas. El paraje era delicioso.

—No le parece un lugar muy lindo—preguntó Emma, cuando se hubieron sentado.

—Lindísimo — repuso Julio — con apasionado acento.—Es poético; provoca á soñar, á sentir; me parece un rinconcito propio para un idilio.

—En tal caso debe parecerle triste. Traerá á su mente el recuerdo de Margarita.

—No, absolutamente, al lado de Ud. no me acuerdo de nadie—agregó él, con absoluta sinceridad.

—¿A mi lado? Vamos, es Ud. muy galante; pero permítame que no le crea. Yo no puedo ser lo que ella para usted.

—Tiene razón, exclamó Julio con amargura, como si aquella frase le hubiese herido. Ud. no puede ser lo que ella para mí, lo comprendo!

—Es decir..... iba á agregar Emma, que comprendió la intención de las palabras de Julio; pero no pudo concluir. Un hombre, alto, flaco, sucio y harapiento, se detuvo ante ellos y con voz casi imperceptible preguntó en inglés:

—¿Es aquí la fábrica de chocolate?

—Aquí—contestó Emma.

—Yo desearía—agregó el desconocido con voz débil y quejumbrosa—saber si puedo encontrar trabajo. Mi familia y yo nos morimos de hambre. ¿Cree Ud. que podré encontrarlo señorita?

—Siga Ud. y pregunte, nada puedo decirle.

Y el hombre sucio y harapiento, especie de mendigo, encorvado tal vez por el hambre, se perdió entre los árboles que rodeaban la fábrica, mientras Emma refería á Julio las palabras cruzadas con el harapiento.

—Pobre hombre—concluyó diciendo—cuántos hay como él. La sociedad debería reformarse.

Julio que sintió en aquel momento renacer en su alma vivo y animado el recuerdo de Margarita, aquella alma altruista, transformada por él, turbada hasta en sus principios religiosos, quiso sondear á Emma y la dijo:

—¿No comprende Ud. los crímeñes anarquistas al ver tanta miseria?

—Yo no los comprendo. No es el crimen el remedio. El remedio está en las útiles enseñanzas, que puedan transformar las sociedades. La batalla entre el pobre y el rico no es sino una carga más en la Struggle of life, vamos, la lucha por la existencia como dicen Uds. Un convenio en otra forma; la caridad bien entendida, eso comprendo yo. Pero sépase Ud. que no tengo ideas sobre el particular, digo lo que se me ocurre, y sobre todo hago lo que debo; doy cuanto me es posible para las sociedades protectoras de obreros ¿Ud. conoce esas sociedades? Mi padre puede decirle como son.

Julio guardaba profundo silencio. Sus ojos se fijaban con intensidad en aquella mujer. Parecía fascinado. Un cúmulo de ideas se revolvía en su mente. Qué diferencia entre ella y Margarita. Esta tan práctica, tan serena, tan poco sugestionable, tan superior. La otra tan delicada, tan enfermiza, tan impresionable, tan imperfecta en una palabra. El no se daba cuenta de por qué hacía ese parangón, puesto que lo dicho por

Emma no era móvil para hacerlo. El caso es que lo hacía y que sin poderse contener, como si hablara consigo mismo exclamó:

—Es una mujer superior.

—¿Quién? Ud. está distraído. No me ha escuchado.

—No, no estoy distraído, Ud. es la mujer superior.

—Y Ud. el hombre galante. Veo que el lugar poético, como Ud. le llama, influye en su imaginación y esto no conviene en un ausente enamorado. ¿Quiere que volvamos á la casa? Ya la tarde es fresca.

—Volvamos; pero crea Ud. que no es el sitio el que me ha hecho hablar como he hablado. Ha sido Ud.

———

XXI

—Pues bien—dijo don Tomás,—apurando un sorbo de café—la historia de nuestros contratos, de nuestras empresas, como le decía no hace mucho tiempo, es otra de las grandes causas que han influído en nuestra rápida desaparición. Por que ésta es ya un hecho: creo que Ud. no lo pondrá en duda. Fíjese Ud. ¿quiénes han hecho nuestros ferrocarriles, nuestros puentes, quiénes son los propietarios de las más grandes empresas y de las más valiosas fincas? Casi exclusivamente los americanos, pues los italianos, franceses y demás que podrían entrar en el núcleo á que me refiero, representan un número muy peque-

ño. El caso es que también son extranjeros. ¿Sabe Ud. de donde proviene este mal? De que nunca hemos tenido confianza en nosotros mismos. Jamás se nos pudo ocurrir que fuéramos capaces de algo grande. Las Municipalidades y los Gobierno influídos también por esta idea, dieron siempre sus concesiones á los extrangeros y en especial á los americanos que ejercieron, en todo tiempo, mayor fascinación. Nuestros capitalistas no han arriesgado sus fondos, sino en empresas regenteadas por extranjeros. Es necesario estar garantizados por la bandera de una gran potencia decían. En fin, los americanos por uno ú otro camino, se hicieron dueños de la vida activa del país, tuvieron bajo sus manos las palpitaciones de la nación. Entre tanto el dinero se marchaba. Aumentó la exportación de bananos, de café y de hule, y que se yo cuantas cosas más; pero el valor de lo exportado se quedaba fuera. Entre tanto la ficción de que éramos ricos ponía alas de condor á nuestro espíritu quijotesco. Nos hici-

mos derrochadores, empobrecimos pronto, y nos faltó todo lo que sobraba á nuestro adversario para la lucha. Mientras ellos confiaban, nosotros dudábamos; mientras ellos tenían para regalar, nosotros necesitábamos para vivir. ¿Dígame si no íbamos á paso de carrera al sepulcro?

—Ciertamente—repuso Julio con tristeza, y agregó:—Pero era tanta la fascinación que ejercían sobre nosotros, los americanos, los extranjeros en general?

—¿Qué si era? Le aseguro que cualquier gran nación, sobre todo que no hablara nuestro idioma, nos hubiera podido tomar como nos han tomado los américo-sajones. En todo se veía que éramos víctimas de la fascinación que le pinto. Los peones, la gente del campo, cuando trabajaba bajo la dirección de un *macho*, como se decía en Costa Rica, eran ejemplares. Le obedecían ciegamente, le sufrían con paciencia evangélica sus mayores caprichos, y por último, lo halagaban de todas maneras, con atenciones, regalitos y cuanto Ud. pueda imaginar-

se. Creo que si el tal sujeto hubiera hecho una trastada con la hermana ó la hija, de uno de estas gentes, no se hubieran atrevido á enojarse.

—Eso se comprende hasta cierto punto en la gente baja, y casi nada significa; esa masa de la nación no es la que resuelve los grandes asuntos; la gente de las clases altas pensaría de otro modo.

—Ud. lo cree; pero desgraciadamente no era así. En otro sentido estaban tan fascinados como la plebe y sus manifestaciones eran más perjudiciales. Se avergonzaban de su nacionalidad. Tiraban de cualquiera de sus antepasados para poder llamarse ingleses, franceses y, sobre todo, mayor honra, americanos. Huían de mezclarse en política, hubieran dejado hundirse el país por no perder su usurpada nacionalidad. Se les daba un ardite del 15 de septiembre; pero se desgañitaban cantando la marsellesa el 14 de julio, ó el 4 el himno de los Estados Unidos. Ignoraban quienes habían sido Valle, Molina, Goicoechea, etc.; pero se sabían hasta el úl-

timo rasgo de cualquier hijo de otras tierras. Esto en cuanto á los hombres; en cuanto á las mujeres, ya se lo he dicho, probaban su entusiasmo de otra manera; dando lo más que podían: sus blancas manos.

—Es horrible—exclamó Julio con acento de cólera.

—Horrible, tiene Ud. razón; pero así es; y mi hermano pretende aún, que somos, ó hemos sido mejor dicho, una gran raza.

Don Teodoro que fingía leer en un libro sobre ferrocarriles, tratado de la vía angosta, para no verse precisado á intervenir en una discusión en que estaba seguro de salir derrotado, al oír aquella directa alusión no pudo contenerse.

—Vamos Tomás—dijo—tu siempre exagerando. He oído algo de lo que has dicho y veo que has pintado con colores muy subidos. Todos dicen que hemos sentido esa fascinación y que nos hemos avergonzado de nuestra raza. Dímelo eso á mí, que no he caído, ni en uno, ni en otro error. Y cómo yo, ¿no pueden haber otros mu-

chos? Esos representamos nuestra noble raza. Los otros hicieron bien en desertar porque no eran dignos soldados. Valen más los pocos muchos que los muchos pocos—acabó diciendo con aire sentencioso.

—En cuanto á tí, hago una honrosa excepción—repuso don Tomás con acento ligeramente burlón—pero un solo hombre, querido hermano, por mucho que valga no puede formar una nacionalidad. ¿Qué quieres? Hizo una leve pausa mientras leía un telegrama que acababan de entregarle y cambiando de conversación agregó con visibles muestras de alegría:

—¿Sabes quién me anuncia que estará dentro de ocho días con nosotros?

—Quién?

—Mr. Crissey, el propietario de la línea de vapores: *Fenix*, actual contratista del trayecto de ferrocarril, entre Méjico y Colombia, con quien tengo contratado un tramo. Es un hombre notable. Ahora conocerá Julio un empresario; ese representa á su raza. Me encarga saludarlos á todos, especialmente á tí Emma.

XXII

Los paseos de Emma y Julio, por el campo se repetían diariamente. El árbol corpulento que semejaba una gruta de estalactitas, les ofrecía albergue muchas veces. Julio sentía crecer por instantes la fascinación que Emma ejercía sobre él. Los ojos de aquella mujer ardientes, obscuros, de varonil intensidad en la mirada lo seducían. Hasta en el ceño minervino que á veces contraía su entrecejo, encontraba Julio un indefinible encanto. Había comenzado por admirarla é iba concluyendo por asimilarse á ella. Pensaban de igual manera. El había perdido parte de su idealismo: era

más sereno, más reposado. De cuando en cuando saltaba en él la fantasía soñadora de su raza; pero al advertir una vaga y compasiva sonrisa en la boca de Emma, se coloreaba de ligero rubor su rostro y volvía á su espíritu práctico y reposado de los últimos días.

Hablaba de un gran proyecto comercial cierta mañana, cuando Emma lo interrumpió diciéndole:

—Por lo que me dice veo que usted ya se ha hecho de los nuestros. Ya le gustan los yankees, como usted dice.

—No sé si me he hecho á ellos, ni si me gustan—repuso él con viveza. No lo sé; pero las conversaciones con su padre y el contacto con Ud. me hacen ver las cosas de una manera muy distinta de como las veía. Mas aún no sé lo que ha influído más en mí, si los sólidos argumentos de él ó la atracción irresistible que siento hacia Ud.

—Hacia mí. ¿Tan fuerte es en usted el sentimiento de la amistad, que la llama atracción irresistible?

—Amistad! no sé si deba llamarse

así á lo que siento por Ud.; pero creo que no.

—Qué otra cosa podía ser?

—Ud. sabe lo que es, Ud. lo adivina, por lo menos. No me obligue á ser demasiado claro, vea que yo mismo no me he confesado ese sentimiento llamándolo por su nombre. He sentido miedo. Ud. me dijo en cierta ocasión: «yo nunca podré ser para Ud. lo que Margarita» y eso.....

—Luego....?

—Sí; repuso él con pasión comprendiendo lo que Emma no se atrevía á decir—hoy ocupa Ud. el lugar que ella ocupaba; pero con una diferencia: la que Ud. señaló en las palabras que le he repetido.

Y dando suelta á su carácter espansivo, le habló con ardimiento de su amor, le pintó día por día y hora por hora, cómo su belleza, su gracia, su atracción habian matado su sentimiento por Margarita, para sustituirlo por otro que en nada se parecía al primero, pero era más subyugador, más fuerte, más tenaz.

—Vamos—dijo Emma cuando con-

cluyó tratando de ocultar su emoción con una encantadora sonrisa--veo que me equivoqué, Ud. no ha cambiado; sigue siendo el mismo; dejándose llevar de la más leve emoción. ¿A qué hace tiempo que no recibe cartas de ella?

Era la primera vez que Emma no llamaba á Margarita por su nombre.

—Cierto—contestó Julio con resolución—pero es que yo no le he escrito. He tomado la pluma para hacerlo y no me he atrevido. Yo no puedo, no sé engañar.

--Pero engañarse, sí—agregó Emma fingiendo siempre serenidad.—Eso es muy propio de los latinos. En esta ocasión lo veo claro.

Julio, con la mano apoyada sobre el rústico banco, el cuerpo inclinado hacia Emma y fijos sus ojos en los atrayentes é irresistibles de la joven, parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma, para descubrir lo que pensaba en ella.

—Emma, por Dios, no hable así, se lo ruego,--dijo al fin con acento desgarrador.—Yo no me engaño. He medi-

tado mucho en lo que digo. Hablo por que siento!

—Que siente, lo sé: es cualidad de los temperamentos nerviosos sentir mucho, y también, permítame que se lo diga, confundir una ilusión pasajera con un amor profundo.

—La mía no es ilusión; no le llame amor si no quiere; pero llámele fascinación, atracción, hipnotismo. Algo muy grande, muy fuerte, muy invencible. ¿No lo cree?

—Yo creo todo lo que Ud. me diga; pero haremos una cosa antes de volver á tratar este asunto.

—Cual?—exclamó Julio con ansiedad.

—Primero: aguardar á que Ud. reciba cartas, que seguramente recibirá pronto; y segundo: no volver á este sitio. Es demasiado poético para un hombre soñador ya se lo he dicho otra vez.

XXIII

Era Mr. Crissey un hombre de unos treinta y cinco ó cuarenta años, de mediana estatura delgado, nervioso, la color encendido, tostado el cutis por el sol, los ojos pequeñitos, pero relampagueantes de viveza, los labios delgados. el bigote escaso como el bozo de un adolescente y la nariz fina y ligeramente remangada. Hablaba perfectamente el español, aunque apretaba los dientes al hablar como si quisiera morder las palabras. Su llegada produjo una gran conmoción en la casa de don Teodoro. Vueltas y revueltas de los criados, aparición de la vajilla de lujo, doblados capricho-

sos de las servilletas, flores extrañas y manjares nuevos.

Cuando se sentaron á la mesa el día de la llegada, todo era seriedad y compostura; pero el carácter alegre, vivaracho é inteligente de Mr. Crissey no tardó en romper el hielo de la etiqueta. Contó con gracia, algunas anécdotas de las otras Repúblicas de Centro América, habló de los últimos progresos alcanzados por los Estados Unidos y criticó con cierto chiste exótico algunas ridiculeces de sus compatriotas. Hablaba, reía, y hasta sus más pequeñas demostraciones eran de bienestar y contento.

—¿A qué Ud. ya no se acordaba de mí? dijo á Emma después de un breve silencio.—Era Ud. tan pequeña cuando nos vimos.

—Yo me acuerdo perfectamente. Fué en New York. ¿no es cierto? Ud. no ha cambiado. Parece increíble que en un hombre que trabaja tanto, no haga estrago el tiempo.

—Es que no soy viejo—repuso él sonriendo.

—Yo lo sé; pero no es la edad la

que más gasta á los hombres, es el trabajo.

—Ud. tampoco ha cambiado—interrumpió Mr. Crissey.—La hermosa promesa de ayer es hoy una realidad: he ahí toda la diferencia.

—Y su ferrocarril cuando estará concluído—preguntó don Teodoro, cortando la conversación y deseoso siempre de probar que en él había un fondo práctico, positivista, apesar de su raza. Hablar de empresas, sobre todo si eran grandes le parecía el colmo del buen gusto.

—He calculado que todo estará concluído en diez meses y nueve días—dijo Mr. Crissey con firmeza.

Y comenzaron una animada conversación sobre el nuevo camino de hierro. Era un trabajo ciclopeo que costaría muchos millones. Había que abrir tuneles, que tender puentes, que derribar montes y alzar terraplenes. Se trataba de la gran lucha con la naturaleza, con nuestros accidentados terrenos y nuestros inviernos rigurosos.

—Pero siendo así—exclamó Julio—

¿cómo pone Ud. un término fijo, señalando hasta los días para la conclusión de la obra?

--Porque se concluirá en ese tiempo. Es cosa fácil. Si un río se llevase un puente, antes que las aguas arrastren el último madero, ya estará tendiéndose otro nuevo puente; si faltan obreros se doblará el número; si los millones presupuestados no son suficientes, se invertirán otros millones más. Cuestión de cuidado es todo. Para el hombre no hay más que una cosa imposible: evitar la muerte, convénzase Ud.

Y agregó con su acento de profunda convicción.

—Tres vapores más he agregado á la *Fenix*. Vapores muy grandes. Uno de ellos estará siempre listo para recibir órdenes por cable. Si faltan obreros, los irá á traer donde los haya; si faltan materiales, también. Lo que puedo asegurar, es que la obra se hará en el término señalado. No crea Ud. que esto es una gran cosa.

Todos tenían los ojos fijos en mister Crissey. Aquel hombre delgado, casi

pequeño, parecía crecer cuando hablaba de sus empresas. Su escaso bigote y su naricita remangada de pilluelo lo hacían más joven y por lo mismo más interesante. Atraía. Su confianza y su resolución, unidas á su sencillez, confortaban el alma. En su rostro no se veía más pasión que la del trabajo, la lucha y la empresa.

Julio, dominado por la misma atracción, no se daba cuenta de ello, aunque sí la adivinaba en Emma. Los ojos de la joven no se apartaban del empresario, fijos asombrados, pero sin su varonil intensidad. Cuando le tocaba dirigirse á Mr. Crissey lo hacía sin su acento de dominio y de imperio; con recelo, casi con temor. Además parecía fijarse poco en él. Todo esto lo observaba y sufría horriblemente.

Cuando terminó la comida su tormento había tocado la sima. Los celos mordían sin piedad en su alma. Se puso de pie, antes que nadie, y pretestando dolor de cabeza se retiró á su cuarto. Abrió la ventana, para buscar el fresco aire de la noche y se

puso á escribir á Margarita una carta sincera, amorosa, casi sentimental.

XXIV

A la mañana siguiente Julio no bajó al jardín como tenía por costumbre. Había pasado la noche entre los martirios del insomnio y los celos y su espíritu se hallaba dominado por febril agitación. Leyó la carta que había escrito la víspera y la rompió. Era infame despertar ilusiones en el alma de una virgen que ya nada podía esperar de él. Aquellas páginas dictadas por el despecho no debían llegar á su destino.

—Es un alma superior, me ama, pero *esto ha matado aquello*—dijo y comenzó á pasearse por el cuarto. Quería dominar su agitación; la consideraba inmotivada. ¿Por qué sufrir así?

¿Qué había hecho Emma para causarle tan hondo padecer? Nada: clavar sus ojos en el empresario con el mismo interés que los demás, y parecer dominada en su altivez por aquel hombre superior. En cambio á él habíale sonreído varias veces; estrechó su mano fuertemente al despedirse y le dijo:

—No se olvide mañana temprano de nuestro paseo.

Y él no se olvidaba: Se aproximó al cristal de la ventana y vió á Emma que lo aguardaba en el jardín. Su sombrero de paja parecía una aureola sobre su tersa frente. Había recobrado su imperio: brillaban sus ojos con luz de astro y sus mejillas eran frescas y purpuradas como las lindas rosas abiertas con el alba. Julio tuvo la idea de bajar á reunirse con aquella mujer que había acabado por llenar su alma; pero no lo hizo. Se avergonzaba del dominio que aquellos ojos, tan humildes para el empresario, ejercían sobre él. Decidió no bajar. Con la cara pegada al cristal, permaneció como sumido en un éxtasis

místico, contemplando la radiante belleza de su prima.

Emma entre tanto se ocupaba en cortar flores. Llevaba en la mano un lindo ramillete y de cuando en cuando sus ojos se volvían con ansiedad á la casa como si esperase una grata aparición. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, mientras Julio se ponía densamente pálido, Mr. Crissey había bajado al jardín.

—Lo esperaba, pensó Julio—y sus ojos se humedecieron.

Mr. Crissey se aproximó á Emma y comenzaron á hablar con calor. Ella sacó del ramillete una rosa encarnada y se la dió al empresario. Julio no pudo soportar más tiempo, se retiró de la ventana y se arrojó en su lecho. Sentía el corazón oprimido y rompió á llorar.

Dos golpecitos dados con timidez en la puerta lo sacaron de su doloroso arrebato.

—Quién?—preguntó, tratando de dar firmeza á la entonación de su voz.

—Julio, está Ud. enfermo?—murmuró Emma desde afuera con acento

dulcemente timbrado. Hace rato que lo espero en el jardín ¿no iremos á paseo?

—Me es imposible—repuso Julio, siempre ocultando su emoción.—Continúo con dolor de cabeza.

—Nada se le ofrece? desea que le mande algo?

—Nada, gracias.

—Hasta luego, que se alivie,—murmuró con acento que parecía un canto—y se oyeron sus pasos, que se apagaban en el silencio, como los últimos rayos del sol entre los pliegues de las sombras nocturnales.

Julio se aproximó á la ventana de nuevo. Una sospecha le mordía el alma.

—Falsía, falsía, nada más que falsía!—rugió con sorda voz.

Emma y Mr. Crissey se perdían entre la fronda, camino del árbol poético donde Julio había, por vez primera, roto el santo secreto de su amor.

XXV

A la hora de almorzar, Julio se dirigió al comedor. En el pasillo se cruzó con Emma.

—Cómo se encuentra Ud.?—preguntóle ésta con tierna solicitud.

—Estoy mejor, gracias—repuso Julio secamente.

Hubo una breve pausa.

—Tiene Ud. los ojos encendidos, parece que ha llorado. ¿Recibió cartas?

—No, ni espero recibirlas,—repuso él, y clavando en Emma sus ojos, como si quisiera dominarla, agregó cortando el hilo de la conversación:

—Y Ud. se divirtió mucho esta mañana?

—Oh! no. Me hizo Ud. mucha falta.

En los labios de Julio se dibujó una sonrisa, profundamente irónica, y un gesto que podía traducirse por: «no lo creo», animó su rostro.

—La prueba es que estuve esperándole y que fuí á llamarlo cuando ví que no llegaba, añadió ella comprendiendo lo que aquel gesto quería expresar.

—Sin embargo Ud. parecía muy contenta con su nuevo acompañante..... y muy obsequiosa.

—Obsequiosa?

—Ví que Ud. le ofrecía una flor.

Emma dejó correr una argentina carcajada. Había comprendido la enfermedad de Julio: el gusanillo de los celos le mordía el alma.

—Es Ud. un niño, decididamente un niño—le dijo alegremente.—¿Cómo quería Ud. que negara una flor que se me pedía? Pero aquella—añadió quitándose la rosa que llevaba en el pecho y ofreciéndosela á Julio—no tenía el mérito de esta. ¿No es verdad? ¿Está Ud. contento? ¿Iremos á paseo esta tarde?—Y apretó suavemente la mano del joven. Este llevó la rosa á

sus labios y la besó apasionadamente.

Había recobrado su tranquilidad: brillaban sus ojos alegremente y la sangre coloreaba de nuevo sus mejillas.

Apartadas las sombras de su cielo, sentíase feliz. Renació la esperanza en su corazón y de nuevo dió suelta á su fantasía en el campo de los sueños.

Después de aquella explicación Emma pareció más cariñosa que nunca. Cierto es que sus ojos seguían fijándose con admiración en Mr. Crissey; pero en cambio cuán dulce expresión tenían para Julio. Se continuaron los cotidianos paseos, sin que Julio perdiese oportunidad de hacer patente su amor. Emma se dejaba querer. Cuando las palabras del enamorado requerían una contestación que pudiese comprometerla, llevándose el índice á la boca en señal de silencio, le decía:

—Ya sabe que es prohibido hablar de estas cosas antes que lleguen cartas de París.

XXVI

Emma, educada en un pueblo esencialmente práctico, mas entregado á la acción que al ideal, llevando en sus venas sangre sajona, no podía, sin embargo, resistir á la simpatía que le inspiraban los soñadores, los temperamentos nerviosos, las almas que poco aptas para la vida del mundo, quieren con un esfuerzo de imaginación, trasladarse á más altas esferas, donde los abrojos de la tierra no hieran sus pies. Pero esta simpatía, era en ella más que todo un capricho, un afán de variación; hallábase mezclada á una cierta piedad, invencible. Lejos, muy lejos estaba de ser un sentimiento profundo. Su educación

y su carácter, la inclinaban con mayor fuerza á lo práctico, á lo útil, é impresionaba más hondamente su alma lo enérgico y fuerte, que lo sentimental y suave.

Esa simpatía, forma especial de un capricho, era lo que sentía por Julio, con tanta intensidad, que en ciertos momentos había llegado á sospechar que un principio de amor germinaba en su alma.

Una especie de lucha secreta, de que ni ella misma se daba cuenta, sostenía su alma desde la llegada de Mr. Crissey. Aquel hombre superior la atraía de manera irresistible, la dominaba. Sus palabras llenas de fe, su energía infatigable, su voluntad de acero, cualidades eran que Emma, no podía adivinar en un hombre, sin sentirse agradablemente impresionada por él. Sin embargo el llanto de Julio, los celos que turbaban su alma, la delicadeza infinita de su amor, habían triunfado en ella por el momento. Además Mr. Crissey apenas si la había prodigado alguna atención y gastado con ella una galantería. Preo-

cupado con sus grandes empresas, trabajando constantemente, parecía un hombre incapaz de rendirse á los dulces halagos del amor. Es cierto que la miraba de una manera especial, que ocupaba, siempre que podía, asiento cerca de ella, que en sus viajes á New Charleston cuidaba de traerle bombones ó violetas y que había dicho en cierta ocasión, viéndose muy encomiado en sus empresas por don Teodoro:

—Me falta la mayor de todas.

Y cuando se le preguntó cuál era, dijo sonriendo sin apartar sus ojos de Emma.

—La del matrimonio.

Por lo demás ninguna otra demostración daba de fijarse en la joven de una manera especial. Ella por su parte, viéndose adorada por Julio, había acabado por ver hasta con indiferencia á Mr. Crissey.

Cierto día, hallábanse, después de almorzar, el empresario, Emma y Julio, de sobre mesa en el comedor, cuando entró don Teodoro presa de febril agitación, pálido el rostro, y

lleno de asombro la mirada. Con voz trémula decía á voces:

—Tomás. Donde está Tomás? Qué hacemos? yo no puedo, vamos.....

—Pero que pasa?—preguntó Julio.

—Donde está Tomás?

—Se ha ido esta mañana con los ingenieros, repuso Mr. Crissey—Díganos, qué sucede?

—Una huelga en la fábrica—añadió don Teodoro suspirando.—Todo se ha perdido!

Una sonrisa leve pasó por los labios del empresario.

—Eso no vale nada—dijo tranquilamente.—Vamos allá. Yo pondré orden.

Se dirigieron todos á la fábrica. En el patio, con caras de bestias feroces, estaban los obreros dispersados en grupos, hablando en voz alta y protestando contra las injusticias de que se consideraban victimas, mientras, por las ventanas, las mujeres asomaban sus cabezas en racimos. Mister Crissey se adelantó hacia ellos con paso firme: llevaba el entrecejo contraído y sus ojos brillaban con luz

fosforescente, como los de un tigre irritado.

—Que pasa aquí—gritó con voz firme en que se advertía al momento, al hombre acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

Un obrero joven, de cara inteligente y mirada sombría, tomó la palabra para exponer los motivos de la huelga y pedir que se les concediese lo que solicitaban, pues de otro modo y—aquí imprimió á sus palabras acento de amenaza,—abandonarían la fábrica y don Teodoro tenaría que arrepentirse.

Cuando hubo concluído entre las aclamaciones de sus compañeros, mister Crissey, como si no hubiese puesto atención á lo dicho, alzó la mano y señalando con el índice la puerta de entrada, dijo con enérgica entonación:

—Subid á los talleres. Esta no es manera de pedir á un jefe. Subid ó quienes se tendrán que arrepentir seréis vosotros. Subid.

Había tal expresión de fuerza en su rostro y tal seguridad en sus palabras,

que aquellos hombres que poco antes, llevaban en su mirada el reto y en su rostro un ceño salvaje, cambiaron como por obra de magia. Perdieron audacia sus ojos, inclinaron las cabezas, y sin darse cuenta de por qué obedecían, uno tras otro, fueron subiendo á los talleres para dedicarse cada cual á su trabajo. Cuando tras ellos subió Mr. Crissey, seguido de don Teodoro, Emma y Julio, cada uno ocupaba su puesto. El empresario recorrió los salones con aire de imperio. Cuando llegó frente al obrero que había tomado la palabra á nombre de sus compañeros, le dijo:

—Ud. queda despedido de la fábrica. Estoy autorizado por el empresario para decírselo.

—Señor—exclamó el aludido con voz suplicante—le ruego, vea Ud. que estoy recién casado, yo ofrezco.....

El empresario le interrumpió con acento que no admitía réplica.

—Está Ud. despedido; no tengo más que decir.—Y salió del salón donde no se oía más ruido que el de las máquinas en su activo trabajo y el de

las respiraciones uniformes de aquella gente que presa de emoción profunda, guardaba religioso silencio.

La actitud enérgica y triunfadora de Mr. Crissey, en el momento de la huelga impresionó profundamente el corazón de Emma. Aquel hombre creció á sus ojos. La admiración que ya le profesaba tomó la apariencia de un culto que se traducía por cortedad y timidez, impropias del carácter casi varonil de aquella mujer. El surco trazado por el llanto, los celos y la delicadeza de Julio, desapareció en su alma, cubierto por aquella nueva impresión. — Cambió notablemente con su primo: era menos afectuosa, esquivaba con frecuencia su compañía y en más de una ocasión mientras él daba suelta con calor á sus sentimientos, ella, trazando figuras con la punta de la sombrilla en la arena, mordiendo el tallo de una rosa, ó deshojando una margarita, se olvidaba de su acompañante y embebida en sus propios pensamientos, desoía la tierna conversación.

—Qué le pasa Emma? Hace días

que noto en Ud. algo extraño. Me parece que Ud. tiene algo que la preocupa hondamente.—La dijo Julio, cierto día en que después de haberle referido su último sueño, en el que ella jugaba un principal papel, la sorprendió sumergida en profunda meditación, sin que lograse darse cuenta de lo que acababa de oír.

Una oleada de púrpura tiñó el rostro de Emma. Trató de probar que nada especial torcía su manera de ser y se enredó en explicaciones extrañas de las cuales no podía salir, contradiciéndose, repitiéndose y acabando finalmente, por no decir nada que respondiese á las preguntas de Julio. La verdad es que ella misma no se daba cuenta del estado de su ánimo. No se hallaba á gusto en ninguna parte, buscaba la soledad, más sin darse cuenta de los móviles que la llevaban á proceder así. Una circunstancia, para ella inesperada, vino á darle la clave del enigma.

Mr. Crissey, debía partir para San José, donde le esperaban los ingenieros que habían hecho el trazo del

ferrocarril hasta la frontera de Colombia. La víspera de su viaje después de la comida, aprovechando la ausencia de Julio que escribía unas cartas de su padre, acercándose á Emma la dijo:

—Tengo algo reservado que hablar con Ud. ¿Puede permitirme unos momentos?

Emma sintió que sus miembros temblaban y que su rostro empalidecía.

—Cuando Ud. guste,—repuso con voz débil, y se dirigió al salón. Deseaba sentarse. Una suave y general laxitud le impedía estar cómodamente de pie. Mr. Crissey se colocó á su lado.

—Ud. sabe que yo no soy un hombre de salón—comenzó diciendo éste con voz tierna pero firme.—Mis empresas me han impedido cultivar la sociedad de señoras y hasta de hombres de buen tono, por lo mismo—agregó,—no se sorprenda Ud. de la rudeza con que voy á hablarle. Sé que estos asuntos no se tratan así, pero yo no sé tratarlos de otro modo.

Emma, le oía sin apartar sus ojos del fino pañuelo de batista que tenía en la mano y sobre el cual hacía correr, con nervioso movimiento, la rosada uña de su dedo pulgar.

—Yo no he tenido tiempo—añadió Mr. Crissey—ú ocasión de fijarme en las mujeres. Pero, es el caso que desde que llegué á ésta, la fisonomía de Ud. me llamó la atención. Su carácter, su inteligencia, su educación, me gustan. En una palabra, creo que Ud. haría mi felicidad casándose conmigo. He logrado hacerme un porvenir y se lo ofrezco, he trabajado mucho y necesito descanso: es hora ya de que forme un hogar. ¿Que piensa Ud? ¿Me ayudaría á formarlo?

Aquella súbita confesión, aquel sincero ofrecimiento de lo que Mr. Crissey llamaba un porvenir: muchos millones hechos á costa de muchos trabajos, y sobre todo la revelación, la luz que llevaron á su alma las frases del empresario, descubriéndole el secreto de su amor, la turbaron de tal manera, que tardó largo tiempo en contestar. Alzó los ojos del pañuelo

ligeramente húmedos por la emoción y los clavó en el empresario con asombro. Bajólos de nuevo y, con voz que temblaba levemente, repuso:

—Me sorprende tanto lo que usted me dice..... Yo nunca hubiera creído..... Debe comprender que no puedo contestarle ahora. En San José recibirá mi contestación. Quiero también hablar con mi padre.

—He hablado ya con él—interrumpió Mr. Crissey con satisfacción.—Está de acuerdo siempre que Ud. lo esté.

—Sí? repuso Emma con cierta impensada alegría.—De todas maneras en San José recibirá mi contestación.

XXVII

Mientras oía la sincera confesión de Mr. Crissey, apesar del intenso placer que ésta le causaba, Emma no podía impedir que el recuerdo de Julio asomase á su pensamiento. No ignorando la contestación que iba á dar, comprendía que era llegado el momento de separarse, para siempre, de su primo, aquel soñador que había endulzado tantas horas de su vida y elevado su alma á las azules regiones del ideal. Esta separación la entristecía. En las almas jóvenes no se borran sin dolor las invisibles huellas marcadas por los sueños.

A esta tristeza se unió más tarde una sombra parecida al remordimiento. Sintió necesidad de referir á Julio

la proposición de Mr. Crissey y la respuesta que pensaba darle; pero no se atrevió. Comprendía el golpe que iba á causarle y le faltaba valor para llevar tan honda pena al corazón de un sér que tanto la amaba.

Trató de evitar los encuentros con Julio; interrumpió los paseos matinales; procuró no encontrarse á solas con él. No quería engañarlo y le faltaba ánimo para hacerle saber la verdad. Sin embargo aquella situación no podía prolongarse. Julio no se la explicaba, pero sufría cruelmente y sin querérselo confesar á sí mismo, veía una nube tempestuosa obscurecer el cielo de su vida. Al fin llegáronle cartas de Margarita: llenas de amor y de quejas, amargas y tiernas. No le produjeron impresión ninguna, pero reavivaron la llama encendida por Emma. Estaba rota la consigna de silencio, ya podía hablar. Era llegada la hora de resolver el problema que tan profundamente le preocupaba. Aprovechando una tarde en que Emma bajó al jardín, se dirigió á ella y la dijo:

—Ya puedo hablar, he recibido cartas.

—Es tarde le respondió Emma,— tratando de parecer tranquila.

—Tarde? exclamó él con acento de angustia.

Emma fijó sus lindos ojos en Julio, le tendió la mano y le dijo:

--Quiero suplicarle un favor. ¿Me lo concederá?

—Lo que pida.

—Pues bien ni me diga, ni me pregunte nada. Es ya tarde para que hablemos.

Los ojos de Julio se fueron humedeciendo lentamente hasta rodar por sus mejillas el llanto. Tomó entre las suyas la mano de Emma, la besó con efusión y apartándola repentinamente de sus labios, huyó de la joven sin proferir ni un reproche, ni una queja.

No tardó en conocer todo lo espantoso de la realidad. La incertidumbre y la zozobra que las misteriosas palabras de Emma llevaron á su alma, desaparecieron fundidas en un intenso dolor, cuando, á la hora de comer, don Tomás participó el matri-

monio de su hija con el empresario.

—Soberbio—decía don Teodoro frotándose las manos—eso es casarse.

Julio comía apresuradamente con la cabeza inclinada sobre el plato para ocultar su turbación y su angustia, y Emma guardaba silencio, deseosa de respetar aquel sincero dolor que nada más ella conocía.

Don Tomás, con íntima satisfacción, continuaba hablando del asunto. Enumeró las grandes cualidades de Mr. Crissey, se ocupó de su carácter, de su talento, de sus millones, acabando por anunciar su partida próxima para San José, y por invitar á todos para la boda; sería una boda regia.

—¿Regia?—repetía don Teodoro—más que regia! Hoy los millonarios valen más que los reyes—y, acompañaba su frase de una risa bonachona que él trataba de hacer picaresca.

———

XXVIII

Julio no quiso acompañar á Emma hasta el muelle de San Rafael, de donde partían los trenes muy de mañana con rumbo á la capital. Comprendía que llegado el momento de la separación iban á faltarle las fuerzas para resistir y el secreto de su amor, que con tanto interés ocultaba á sus padres, sería revelado por su llanto y su debilidad.

Cuando, oculto detrás de los cristales de su ventana, vió partir el coche que conducía á su amor, sintió un hilo de nieve circular por sus venas, enjugó sus ojos que se humedecían, y largo rato mantúvose con idiótico mirar, fijo en la arboleda por donde el vehículo desapareció.

Después sintió el deseo de visitar el cuarto de su prima. Una ligera vacilación detúvolo en la puerta; le pareció que iba á profanar un recinto sagrado. Tal pensamiento no se hizo sentir mucho, deseaba entrar y entró. El ambiente era tibio é impregnado de aroma virgíneo: embriagaba. El lecho sin arreglar como un molde sin concluir, vagas y apenas perceptibles dibujaba las formas de un cuerpo humano. En medio de aquella vaguedad podían adivinarse deliciosas curvas. Julio hundió su rostro en las almohadas y aspiró con fruición el perfume que se desprendía, un perfume de juventud y de primavera. Al inclinarse, su mano habíase posado casi en mitad del lecho, que aún conservaba el calor de un nido recién abandonado. Al sentir aquella impresión tibia, quiso acercar á ella la cabeza y la acercó. El olor á mujer, pero á mujer joven, limpia, hermosa era allí más penetrante. En aquel momento, Julio había olvidado su dolor: el macho mataba al hombre, el instinto al sentimiento. Mantúvose en esa

posición largo rato; en seguida, como avergonzado de sí mismo, se irguió con altivez. Sus ojos se fijaron en una rosa que se moría sobre el velador. Era una rosa encarnada. La figura de Mr. Crissey tal como la vió en el jardín cuando este habló con Emma, á solas, por primera vez, apareció en su mente, y los celos turbaron su vista y encendieron su rostro. Cogió entre sus dedos la flor moribunda y la hizo pedazos. Luego como si aquella violencia provocara su fibra sentimental, sintió un nudo en la garganta, profuso llanto acudió á sus ojos y desfallecido, palpitante, se arrojó sobre el lecho, empapando de lágrimas á aquellos linos blancos y perfumados donde aún parecía vivir el alma de la bella mujer que tanto amaba.

No un violento dolor, una profunda, tenaz invencible melancolía se apoderó de Julio desde este instante. Desentrañó del fondo de su baúl los colores y los pinceles esperando distraer su pena con las dulzuras del arte á que había dedicado sus ocios en París. Trató al principio de copiar un

paisaje campestre, pero inspirándole este trabajo poco interés no sujetaba su atención bastante, y abría libre puerta á sus tristes pensamientos. Entonces decidió hacer un retrato de Margarita. Evocó intensamente sus recuerdos; çolocó la fotografía á un lado del caballete y comenzó la obra. A medida que el trabajo avanzaba era menor el parecido, no obstante que los colores estaban muy bien preparados, y tenían la misma tonalidad que el rostro de la joven; la expresión era distinta y el dibujo no se ajustaba á la medida de sus deseos. Cómo si una fuerza superior á su voluntad guiase su mano, la copia resultaba muy diferente del original. Cierto día en que se alejó del cuadro para poder apreciar mejor un efecto, no pudo contener un movimiento de impaciencia y de cólera. El retrato, se parecía más á Emma que á Margarita. Al principio esta semejanza lo mortificó hasta hacerle por algunos días abandonar su tarea; más tarde, atraído por aquel lienzo donde le habia traicionado su amor, volvió al trabajo,

definitivamente resuelto á seguir los impulsos de la secreta voluntad que desde un principio venía inspirando su numen de artista. Un amargo placer le ocasionaba la realización de su obra. La terminó.

Daba los últimos toques al vestido, cuando una mañana entró su padre al cuarto:

—Magnífico, magnífico—exclamó al ver el lienzo—es un gran trabajo. ¿Supongo que será tu regalo de boda?

Julio hizo un movimiento de cabeza que podía traducirse lo mismo por una respuesta negativa, que afirmativa, y continuó pintando.

—El lunes se verificará el matrimonio—agregó don Teodoro. Supongo que tú irás. Ya vale la pena!

—Yo—repuso Julio como quien despierta de un sueño lleno de asombro.—No, no iré. Y me parece que usted tampoco. Es el día en que se verificará la ceremonia oficial de la anexión, y creo que eso, aunque se trate de una fórmula, le mortificará tanto á Ud. como me mortificaría á mí si fuese.

La turbación que estas palabras le produjeron á don Teodoro, impidiéronle contestar al momento. Se puso los lentes y se aproximó al lienzo para disimular su embarazo; enseguida, dando una palmada á Julio sobre el hombro y riendo con su franca risa, dijo:

—No pensamos de igual manera. Yo creo lo contrario. Voy más por la ceremonia de la anexión que por el matrimonio. Quiero estar allí como una protesta viva y animada, quiero demostrar, de manera palmaria, que aún puede estar Daniel en el antro de los leones sin ser devorado por ellos.

Julio no pudo evitar una leve sonrisa que desplegó sus labios. Sabía que su padre acababa de mentir. Este iba á la capital por el matrimonio, nada más que por el matrimonio. En primer lugar gustábale mucho divertirse y en segundo estaba seguro de encontrar muchos hombres de negocios en la boda, lo cual le permitiría dejar bien puesta su fama de hombre práctico, positivista y trabajador. Por otra parte la anexión le

importaba muy poco, habíala aceptado hacía largo tiempo y, quién sabe, quizá la acogía con entusiasmo, con placer.

—Esa será mi actitud—agregó satisfecho de lo que había dicho—será, en el fondo una bofetada á los invasores. Oh!, si faltara obraría indignamente; daría pruebas de cobardía y debilidad.

—Pues yo—masculló Julio, mientras su padre salía del cuarto altivo, resuelto, como si ya estuviera protestando con su actitud en plena ceremonia—yo, prefiero quedarme aquí: soy débil y cobarde.

XXIX

La mañana era triste. Arropado el cielo en una niebla color de plomo, hacía que el sol virtiese sobre el mundo una luz enfermiza. Se obscurecía el verde de los campos y entre los tupidos follajes se escondían las sombras. No cantaban los pájaros, ni murmuraba el viento; la naturaleza parecía renuente á despertar. Julio montó á caballo y se perdió entre el bosque. Visitó el río, la cascada donde estuvo con Emma en su primer paseo, el árbol poético, rincón propio para un idilio, y después dejó al caballo tomar el rumbo que quisiera. ¡Qué cúmulo de ideas se agitaba en su mente! Oprimido estaba su corazón,

triste su alma. Aquel era un día fatal. Emma se unía al empresario, Centro América se anexionaba á los Estados Unidos. A su patria y á su amada las perdía en un mismo momento. ¿Qué le quedaba ya? Nada. Quiso evocar el recuerdo de Margarita y no lo consiguió. La silueta pálida de la dulce niña, se apagaba entre las sombras de su dolor. Sólo tenían vida entre las tinieblas, como puntos de luz, los recuerdos de las horas pasadas junto á Emma. Los ojos fascinadores de aquella mujer lo dominaban aún. Hubo un momento en que se avergonzó de su idealismo, de su educación y de su raza. Si él hubiese tenido un poderoso temperamento sajón, si hubiera sido más práctico, si no hubiera llevado en sus venas sangre noble pero enfermiza, él hubiera podido conquistar á Emma y ser feliz.

Así pensaba, cuando se encontró sobre una colina, llevado por el caballo que caminaba á su arbitrio. Eran las doce del día. El sol habiendo rasgado con sus zahetas de oro la gasa de niebla, vertía la gloria de su luz sobre

la verde hermosura de los campos. Allá á lo lejos se dibujaban los edificios de la fábrica, adornados con banderolas de los Estados Unidos que acababan de enriquecer con cinco estrellas más, su expléndida constelación. Una lágrima asomó á sus ojos. Volvió la vista al lado opuesto como para huir de aquella visión dolorosa y alcanzó á divisar allá en los confines del valle, pequeño como una hormiga, un tren que se encaminaba al muelle de San Rafael. Aquello fue un nuevo golpe. En aquel tren venían los recién casados. Como atraído por fuerza superior comenzó á seguirlo con la vista, sin poderla apartar ni un momento. El tren avanzaba con asombrosa rapidez. Crecía al acercarse y los gallardetes y banderolas que lo adornaban se distinguían perfectamente, en medio de la explosión luminosa de aquel dia primaveral.

El tren debía pasar bordeando la colina donde se encontraba Julio: éste giró su vista á una y otra parte como el general que estudia el campo para disponer una batalla. Un fulgor ex-

traño irradió en sus pupilas; empuñó las riendas con firmeza y comenzó á descender de la colina por el lado opuesto al que traía el tren. Al ver la plácida expresión de su semblante, su altivo porte y su mirar tranquilo, cualquiera pensaría que un feliz anuncio acababa de extinguir para siempre las sombras en su alma. Cuando se halló al pie de la colina, sacó su reloj, vió la hora y esperó un momento. Una suave vibración se sintió en los rieles, seguida del traquetear creciente del tren que se aproximaba. Julio se aseguró en la montura como lo hubiera hecho un caballero medioeval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contrincante. Clavó al potro las espuelas y sobre el camino férreo, á galope tendido, fuése al encuentro del tren. El maquinista no podía verlo; ambos bordeaban la colina, que con su alta mole cerraba las lontananzas. El tren y el potro corrían velozmente: la hora de encontrarse no se hizo esperar. El maquinista se apoderó de la cuerda del silvato y le arrancó un quejido prolongado; tiró

de la palanca y quiso parar el tren. Era tarde, ya estaban muy cerca. El caballo también quiso detenerse; clavó sus patas rígidas en el suelo levantando una nuve de polvo; pero al sentir de nuevo el acicate hundido en sus ijares, dando un tremendo salto prosiguió su carrera. Los pasajeros que habían oído la voz de alarma asomaban sus cabezas por las ventanillas de los carros. Julio alcanzó á ver en un departamento de primera, una linda cabecita que reconoció al momento: era la de Emma, su adorada Emma que venía á pasar al campo su luna de miel. Un grito de espanto se escapó de todas las bocas, el maquinista y el fogonero, ambos de pie, también gritaron llenos de horror, mientras hacían el último inútil esfuerzo por contener la máquina. El encuentro fué inevitable. Caballo y caballero, arrojados por la gran mole de hierro, rodaron juntos sobre las bruñidas cintas de los rieles Después, entre el traquetear de los carros, los suspiros del vapor y el metálico ruído de las ruedas, se oyó un crujir

de huesos, y el ahogado relincho de un caballo, mientras el tren con su cortejo magnífico, arrastrando á una pareja feliz, pulverizaba al último representante de una raza caballeresca y gloriosa.